

## CORRESPONDENCIA

## CHINA

*Doble y codicia de los chinos.—Angustias de los misioneros.*

El P. Fr. Juan Guilart de la Concepción, de la Orden de Predicadores, escribe al M. R. P. Fr. Cayetano G. Cienfuegos, desde Emuy, el día de San Cayetano de 1893:

**M**i muy respetado y apreciado Padre: Me ha sorprendido el día de su Santo leyendo la historia de los santos Mártires de China, que con tanto celo como acertado criterio ha escrito V. R. El ser yo el menor de los misioneros de China, y haber sido V. R. mi rector y catedrático, son motivos más que suficientes para que hoy le rinda este pequeño tributo de gratitud y sincero afecto. No, no se han entibado en sus antiguos discípulos el entusiasmo y cariño que en ellos supo V. R. despertar desde su cátedra; ni es posible que olvidemos jamás á quien tantas y tan inequívocas pruebas de verdadero amor y marcado interés por nuestro bien nos ha dado, siquiera no se lo manifestemos tal vez con tanta frecuencia como quisiéramos.

Doy, pues, á V. R. el más cumplido parabién por su bien meditado trabajo sobre los ilustres Mártires de China, nuestros gloriosos predecesores, y en cuanto á mí cumple le doy también las más afectuosas gracias. Que ellos le alcancen del Señor del cielo (Tien-Chi) la gracia de celebrar por largos años en la tierra el día de su Santo, y después brillante gloria.

Pero ¡cómo han cambiado los tiempos, P. N., desde las gloriosas jornadas de los inmortales héroes Sanz y compañeros mártires hasta nuestros días! ¡Qué triunfos tan espléndidos los suyos, y cuán relativamente pequeños, aunque no menos costosos, los nuestros! Batiéronse aquellos esforzados guerreros Dominicanos como buenos; regaron el campo de batalla con su sangre; pero de campo fertilizado con tal riego brotaron á millares bellísimas y perfumadas flores, que hoy adornan los pensiles del emperio. Emplearon, sí, rudísimo trabajo en desmontar este terreno inculto y estéril, pero tuvieron el inefable consuelo de ver largamente recompensado

su trabajo. No contaban entonces con más auxilio que el del cielo, y con este solo supieron llevar á feliz término legendarias hazañas.

Hoy, por el contrario, estamos bajo la bandera protectora de las potencias europeas; pero esa protección y esas potencias no tienen de tales más que el nombre, relativamente á los progresos del Evangelio. Parece reproducirse en nosotros la historia de los Macabeos. Mientras no contaron con otro auxilio que el de Dios, arrollaron siempre como leones á sus enemigos; mas desde que hicieron alianza en mala hora con el Imperio romano, se marchitaron todos sus laureles. Gran beneficio es la paz, no cabe dudarlo; pero lo cierto es que los avasalladores ejércitos de Alejandro, Aníbal y César no se formaron en las grandes paradas ni en los cuarteles, sino en los ensangrentados campos de cien batallas...

Fuera para nosotros gran dicha, satisfacción inmensa, habérmolas á pecho descubierto con un enemigo franco, y morir gloriosamente como Sanz y Serrano en la demanda; ¡qué más quisiéramos nosotros! Pero no es así, por desgracia. El chino de hoy ve siempre emplazadas las baterías europeas, amenazándole con su metralla mortífera, si osa declarar guerra abierta al Cristianismo; y cobarde, astuto, perverso de abolengo, se guarda muy bien de ponerse en evidencia; pero á la guerra franca y noble se la sustituye con emboscadas villanas, ardidés innobles y armas vedadas.

Continuamente tenemos que sufrir vejaciones inicuas, ataques arteros de los infieles;

pero siempre se alegan pretextos especiosos que los pongan á cubierto de justas represalias; y si acudimos á los mandarines pidiendo justicia, ó hacen oídos de mercader, ó cumplen ordinariamente con su deber tarde, mal y nunca. Esto es un grande obstáculo para la propagación del Evangelio, porque el criterio supremo del chino es el interés: su moral es esencialmente utilitaria. Para él es bueno todo lo que le proporciona utilidad temporal, y malo todo lo que le perjudica.

Por eso han hecho y siguen haciendo inmenso daño los misioneros protestantes. Como por una parte disponen de largas sumas, y por otra los representantes del Gobierno inglés se imponen por el terror á los funcionarios chinos, obligándolos muchas veces á oprimir con razón ó sin ella á sus mismos paisanos y correligiona-



Ilmo. JUAN TEÓFILO PINCHÓN, vicario apostólico del Su-tchuen Occidental. (Pág. 525)



rios, muchos chinos abrazan, ó mejor dicho, fingen abrazar el Protestantismo con miras exclusivamente utilitarias, que suelen no salir frustradas. Pero como nosotros somos pobres, y ni nuestra bandera les hace gran sombra, ni nuestros cónsules se prestan á injusticias, que por otra parte no hemos de solicitar jamás, de aquí es que son relativamente muy pocos los que se convierten de veras al Catolicismo.

Se presentan, sí, muchos hipócritamente al misionero, haciendo mil protestas de la rectitud de sus miras; pero poco á poco van enseñando el dedo, y empiezan á solicitar de él apoyo para sus medros temporales; y si ven que no da resultado positivo su fingida conversión, se vuelven á sus pagodas sin pensar más en el Catolicismo. Así es que nos vemos precisados á proceder con gran tiento en admitir infieles adultos al bautismo, si no queremos exponernos á multiplicar apóstatas en vez de aumentar cristianos. ¡Cuántos jarros de agua fría nos han echado encima estos taimados después de muchos meses de catecismo y bellas esperanzas! Esto es desesperante en extremo, y sólo por Dios puede sufrirse. Es difícilísimo convencer á estos miserables de la necesidad del bautismo y de la observancia de la ley cristiana para salvarse. ¡Cómo se palpa aquí la necesidad de aquella *pía moción* que Santo Tomás dice ser necesaria para abrazar la fe! Verdaderamente *fides est donum Dei*.

Hace un año fui á una ciudad populosa no lejos de Emuy á cumplir mi ministerio. Me recibieron aquellos paganos con las apariencias más seductoras de feliz resultado. Esto está muy en carácter chino. Músicas, banderas, cohetes... la mar. No porecía sino que la ciudad en masa iba á quemar sus ídolos y abrazarse con la cruz de Jesucristo. Mas yo decía para mis adentros: Ya veremos en qué pára todo este aparato escénico. Improvisamos una gran capilla, les dije Misa, expliqué el objeto de mi misión, y en los días que allí estuve les expuse lo principal de la doctrina cristiana, y encomendé luego á los catequistas que continuasen la instrucción; pero les hice entrever que de ningún modo se propusiesen por fin de su conversión las cosas temporales, sino la salvación de su alma. *Malum signum*, dijeron ellos para sus adentros.

Presentáronse ochocientos al principio, esperando sin duda que el misionero los iba á sacar de mal año; pero á medida que fueron disipándose sus ilusiones terrenas, fué disminuyendo su número, y por fin los ochocientos quedaron reducidos á unos cincuenta. Este es el chino. Si no hay chapeas, no hay que contar con él para nada.

Al fin si logramos salir adelante con estos cincuenta, ellos se encargarán de atraer á la religión cristiana á sus hijos y mujeres (ya que á éstas nos es muy difícil anunciarles el Evangelio por el recato sumo que observan las mujeres en China), y se echarán los cimientos del Evangelio en aquella ciudad. Lo que sucedió en esta ciudad, sucede ordinariamente en toda la China. Ya ve, pues, Padre mío, cuán difícil es la conversión de estas pobres almas redimidas con la sangre de Jesucristo. Por eso el objeto de esta carta no es sólo cumplir un deber de piedad filial, sino también solicitar encarecidamente el auxilio valioso de sus oraciones y de todos esos nuestros fervorosos hermanos, porque, *Visi Do-*

*minus edificaverit domum, in vanum laborant qui edificant eam.*

Y esos nuestros amados jóvenes no se desanimen con la ingratitud del terreno chino, sino que hagan grande acopio de celo y paciencia, y sobre todo de caridad hacia estas pobres almas redimidas con la sangre de Jesucristo, y tanto más dignas de compasión, cuanto más alejadas del camino del cielo. Por una sola de ellas volvería Jesucristo á padecer todo lo que padeció, si necesario fuese; no es mucho, pues, que nosotros nos sacrifiquemos por ellas. Santiago no convirtió más que siete hombres en España en su primera Misión, al decir de las crónicas, y, sin embargo, por sólo esos siete quiso Dios que ese grande Apóstol viniese á España. Pues más de siete y de setecientas almas ha de llevar al cielo el misionero que por amor de Dios y del prójimo haga el sacrificio de venir á China. En todo caso Dios no mide el mérito y recompensa de nuestras obras por el resultado, sino por la intención y caridad con que se hacen. *Non quantum, sed ex quanto*. La labor del misionero de China no es aparatosa, pero por lo mismo es más segura y meritoria. Los que acá vengan, no serán mártires *consumados*, como los recientemente elevados á los altares, pero sí serán mártires *consumidos* de tribulaciones y sufrimientos morales.

## FERNANDO POO

*Escenas conmovedoras*

El Rdo. P. José Sutrias, C. M. J., misionero de Elobey, escribe la siguiente conmovedora carta al subdirector general Rdo. Padre Clemente Serrat:

Muy amado Padre: Bien es verdad que ciertos sucesos naturalmente considerados causan grande amargura, pero mirándolos por el prisma de la fe dulcifican y alivian el afligido corazón, y sobre todo animan á trabajar en el ministerio apostólico y á prorrumpir en bendiciones mil al Padre de las misericordias, que tan copiosa y abundantemente las derrama sobre los hombres. Me refiero al fallecimiento de tres candorosos niños de este Colegio, pérdida sensible si se atiende á lo mucho que prometían, pero ganancia consoladora si se considera que los hemos ganado para el cielo, donde con su intercesión podrán atraernos muchos otros.

El primero tenía diez años de edad, y á poco de haber enfermado ya el médico lo calificó de muerte, añadiendo que por todo recurso podíamos mandarlo á su casa para ver si con el cambio de aires y la vida de bosque entre la familia se notaba algún cambio en su naturaleza. Llamábase el niño Salvador Buene, y era verdaderamente bueno, devoto, recogido; de modo, que hablarle de ir á su casa le era más duro que hablarle de un destierro; tal idea le hacía prorrumpir en llanto, y vertiendo lágrimas decía:

—No me envíen á casa, que allí moriría.

Por fin, los de la familia vinieron, y el pobre niño no pudo resistir á tantas instancias; entonces, con admiración de todos, dijo:

—Ya que no hay más remedio que ir á mi casa, y



que en ella voy á morir, antes de salir del Colegio quiero confesarme.

Se confesó, pues, con el Rdo. P. Daunis, y salió para su pueblo aquel inocente niño que jamás había dado el menor disgusto y que tanto se distinguía por su fervor; siendo toda su delicia el procurarse estampas y otros objetos piadosos, con los cuales formó su capillita á la cabecera de su cama, para demostrar, como decía él, que quería mucho á la Virgen Santísima. Tuvo un consuelo extraordinario al darle durante su enfermedad un *Maná del Cristiano*, que ya empezaba á leer, y lo quería para rezar á Santa María. Algunos días después murió pacíficamente en su casa, realizándose sus presentimientos.

A otro joven de unos catorce años, catecúmeno, le atacó una tan fuerte fiebre, que en tres días le llevó al sepulcro.

Tan pronto como vimos su peligroso estado no lo dejamos un momento, estando constantemente el que suscribe ó el P. Daunis á la cabecera del enfermo para aliviarle algo en lo mucho que físicamente padecía, y administrarle, en caso de necesidad, el santo Bautismo. Lo bauticé, por fin, el mismo día del Sagrado Corazón de Jesús, por cuyo motivo le pusimos, como al primero, el nombre de *Salvador*: se alegró sumamente al verse hecho cristiano, y en medio de sus muy agudos dolores decía:

—¡Jesús mío, misericordia! ¡Oh dulce Corazón de María, sed la salvación mía!

Y otras jaculatorias en que manifestaba su deseo de ir al cielo, mientras con ardiente amor besaba, ora el crucifijo, ora el santo Escapulario, que de su cuello pendían, como testimonio, según decía, de querer mucho á Jesús y á María.

Por fin, le administramos la Extremaunción, y con edificación de muchos, que sentían cierta emulación santa al ver una muerte tan plácida, entregó su alma á Dios. Parece como si la Virgen Santísima hubiera querido premiarle su buen porte en la Misión durante el poco tiempo que pudo estar en ella, llevándose como primicias de este Colegio, puesto bajo la égida de su Inmaculado Corazón.

El último niño, de cuatro á cinco años de edad, era una verdadera alhaja, y causaba delicia hablar con él y oírle pronunciar las pocas palabras que en castellano sabía, por su candor, sencillez é inocencia.

—¿Tú quieres á María?

—Sí, Padre, yo quiere mucho.

—¿Tú quieres ir al cielo?

—Sí, Padre.

—¿De modo que no quieres llevar el camino de los infieles?

—No, Padre.

Era un encanto oírle decir á su manera cuánto amaba á la Santísima Virgen María y cuán buena era para él. Padeció mucho en su enfermedad, pero sin quejarse; la fiebre le subió á más de cuarenta grados en distintas ocasiones, pero no pedía agua si no se la daban.

En uno de los intervalos en que la fiebre estaba baja lo bautizamos solemnemente; á los tres días, este angelical neófito, que decía amar mucho á María, pronunciando con frecuencia su dulcísimo Nombre y be-

sando muchas veces la imagen de Nuestra Señora, se fué á bendecirla con los Angeles por toda una eternidad.

Otro misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, el Padre Juan Serrallonga, con fecha de Agosto último escribe á su padre desde Annobón:

Muy querido padre: Por la fecha de la presente veréis que he cambiado de lugar. Después de cinco días de mar, créime por un momento llegar en tierra catalana al oír las voces de estos habitantes, pues llaman *vi*, al vino; *home*, al hombre; *ma*, á la mano; *peu*, al pie, y tienen otras muchas palabras de gran semejanza con el catalán; pero mi ilusión quedó al punto desvanecida al ver la negrura de sus rostros.

Es la isla de Annobón una montaña pedregosa, toda rodeada del mar, y tiene un pueblo que es tan grande como ese mi pueblo natal (San Pedro de Torelló), de unas dos mil almas. La isla no cuenta con otro medio de sustentación, propio del país, que un insípido pan que se extrae de la raíz de un arbusto que se cultiva por los indígenas. Llueve muy pocas veces al año, el clima es malo é insalubre, la gente muy hólgazana, y así no es de extrañar que muchos perezcan de hambre.

A menudo estos hambrientos negros acuden á la Misión fingiendo unos dolores de vientre muy fuertes, cuyo remedio seguro ya sabemos que consiste en un buen plato de arroz. Dios, que todo lo dispone en número, peso y medida, permite tal vez que la falta de alimento corporal sea un medio para que estas pobres gentes reciban con más provecho el alimento espiritual; porque hallándose tan necesitados del auxilio de la Misión, esto hace que tengan una docilidad que nos encanta. Los Padres misioneros somos aquí reyes, gobernadores, alcaldes, médicos, sacerdotes, maestros y amigos de todos, es decir, todos los cargos y oficios que entran en la humana sociedad. Uno de los muchachos del Prat de la Bola hace aquí de gobernador, y al que no le obedece le manda barrer la calle. Casi todos los negros visten de las ropas que les entrega la Misión, y muchas veces la población entera acude al Padre misionero á pedir alimentos. Cuando vemos acercarse el barco que cada tres meses viene á llevarnos comestibles y vestidos, tanto los indígenas como nosotros nos parece ver al ángel providencial, y los pobres negros prorrumpen en tales demostraciones de alegría que nos arrancan abundantes lágrimas. Las casas son unas miserables cabañas, ó mejor dicho, nidos de miseria y suciedad, siendo de seguro esta isla una de las más pobres que se conocen.

Pero no paran aquí sus miserias. ¿Y los enfermos? ¡Ah, pobrecitos! ¡Cómo me hacen verter lágrimas de lo íntimo de mi corazón! Permitidme que os diga que el cerdo de casa está mejor que estos miserables enfermos. Tendidos en el duro suelo, envueltos en una manta podrida, casi privados de todo, pero pacientes y resignados, esperan la muerte. Cuando llegamos á la casa del enfermo, ya toda la familia respira como aliviada de un terrible peso, y con alegre semblante dice: *Padgili á visa*: «El Padre ya viene;» como quien dice, el Padre viene, remedio seguro. Pero, lo peor de todo, es



que estas gentes no son capaces para cuidar al enfermo por más cariño y amor que le profesen, sino que le dejan morir en sus brazos sin darle un sorbo de agua, si es que el enfermo no lo pida. El enfermo suele decirnos: *Nachiol a da ro vida*: «Gracias, Dios le dé muchos años de vida.» Abundan mucho unas úlceras incurables en las piernas y pies, con espantosas hinchazones, que da lástima ver correr así las gentes por las calles.

Y en cuanto á religión, ¿qué os diré? Son niños sin razón ó discurso; así es que nos hemos de cargar de santa paciencia. Lo mismo doy una reprensión á un viejo que no se quiere arrodillar, como al chicuelo que habla siempre. Al instante piden perdón y se arrodillan en medio de la calle; pero al cabo de breve rato vuelven á las andadas. Estamos casando á todo el pueblo que estaba amancebado, teniendo algunos dos ó tres mujeres, y aunque malos rematados antes de casarse, después se vuelven mansos corderos. Así que se sienten enfermos llaman para confesarse, y algunos lo hacen con tanta devoción, que me dejan confundido.

De todas las casas que tenemos establecidas ésta parece ser la más insalubre. Escribo esta carta después de haber pasado por la prueba de las fiebres. Un compañero mío de viaje ya tiene sus restos en el sepulcro. He sucedido al P. Vila, que falleció á consecuencia del mucho trabajo, habiendo manifestado que moría gustooso por la gente de Annobón. Dichoso él, que murió víctima de la caridad, y en quien tenían estos negritos un padre compasivo. ¡Ojalá yo sepa imitarle!

Voy á concluir la presente rogándoos, querido padre, que pidáis ropa para estos negritos, que á todas horas me acometen en demanda de vestido. Escribí á los de la Dou, de Bas, dándoles las gracias más expresivas por haber visto en las columnas de nuestra Revista que se interesaban por estos negritos, recogiendo ropa para ellos, como las doy ya anticipadas y con toda la gratitud de mi corazón á todos aquellos que nos envíen vestidos. Esta gente es la más pobre de los negros; pero, á Dios gracias, la más cristiana.

## SAHARA

### *La Misión de Uargla y las principales tribus árabes del Sahara*

La siguiente correspondencia del Rdo. P. Hacquard, de los Padres Blancos de Argel, al Ilmo. Toulotte, vicario apostólico del Sahara, es doblemente interesante por los consoladores detalles sobre los comienzos de la evangelización en el centro mismo del Sahara, y por sus preciosas noticias sobre las tan poco conocidas tribus árabes que habitan el gran desierto al Sud de la provincia de Constantina.

**P**ERMITIDME que os trace un breve cuadro de la estación avanzada de Uargla y de los trabajos de la Misión en el Sahara.

Componen la población dos elementos completamente distintos: los árabes nómadas y los habitantes del Ksar, que difieren por el color, raza, lenguaje é ingenio: conviene examinarlos separadamente, y, para no ser demasiado extenso, me limitaré hoy á los árabes.

Uargla es el centro de cinco tribus muy numerosas 1.º Chaamba-Guebbala; 2.º Chaamba-Uland-Smail. Ambas pertenecen á la gran familia de los Chaambas, originaria de Metlili y extendida por todo el Sud, desde El-Golea hasta Ued-Suf. Los terrenos que les pertenecen están en Erg, en Tuat, Insalah, los Tuaregs, Ghadames y Rhat. Casi exclusivamente entre ellos se encuentran esos guías maravillosos, que infaliblemente reconocen hacia qué parte del Sahara caminan las caravanas con sólo aplicar la palma de la mano en el suelo, durante la noche más oscura, ó bien mascando una brizna de hierba. Entre ellos encuéntranse también esos aventureros y bandidos legendarios, iba á decir heroicos, que tienen como cosa de juego los mayores peligros, y no quieren tomar parte en una empresa de rapiña sino parece punto menos que imposible. Todos los Chaambas de Uargla antiguamente obedecían á un solo jefe; los Ulad-smail hace veinte años que se separaron de ellos durante el gobierno de Ben-Dris.

La tribu 3.ª es la de los Said-Atba; la 4.ª la de los Mekhadema, y la 5.ª la de los Beni-Thur. La historia les señala un mismo origen. Proceden del Este y se consideran oriundos de la tribu de los Said-Ulad-Amor, que tiene su centro en Blidet-Amor, á veinte kilómetros al Sud de Tuggurt. Los Said-Atba y los Mekhadema vinieron á fijarse en Uargla; de estos últimos, al principio de este siglo se separó la parte llamada Beni-Thur.

Los Beni-Thur tenían una fortaleza en el Garat-Krima, á unos doce kilómetros hacia el Sud de Uargla. Aunque poderosa, esta fracción ha perdido parte de su influencia en Uargla á causa de lo distante del punto de su residencia. Deseaba el jeque retirarse de la ciudad y hacerse independiente del cadí; mas, para esto tuvo que abandonar á Krima, luchar contra el resto de la tribu, y, una vez en el nuevo establecimiento, afirmar su seguridad. Salió silenciosamente durante la noche, bajó á la llanura, cargó de sal sus jumentos y volvióse con el mayor sigilo. Poco después encontráse el agua del único pozo tan fuertemente salada que era imposible beberla. Indudablemente Alá había maldecido el pozo. Ante este inexplicable misterio, aun los más recalcitrantes se adhirieron al dictamen del jeque, y todos se apresuraron á abandonar el Garat siguiendo al jefe, quien se fijó en la colina de Rouissant, donde los Beni-Thur se instalaron en un magnífico ksar, entre verdes huertas de palmeras. Después de varias alternativas, finalmente han formado tribu aparte.

Entre las tribus hermanas, por razón de su común origen hay más competencias, celos y odios que entre tribus completamente extrañas.

Los árabes del Sahara son muy diferentes de los del Norte. Por lo demás, á nadie sorprenderá que en medios tan diversos y con tan distintos hábitos se haya producido una desigualdad en la corriente de las ideas y de las costumbres.

Viviendo la mayor parte del año en pequeños grupos de tiendas, en el *Nezla*, donde todo el mundo es pariente ó aliado, los habitantes del Sahara muestran más negligencia, confianza y solidaridad; los robos son raros, los asesinatos aun más, y las infidelidades matrimoniales y por lo tanto los divorcios mucho menos frecuentes



que en Tell. La tienda, siempre abierta, préstase poco á intrigas. Durante la ausencia de los hombres, que están de caza, entre sus rebaños, de viaje, ó dedicados á sus negocios, las mujeres, que nunca van cubiertas con el velo, trabajan juntas y se solazan con los cantos y chistes, ó llevando cada una su parte de golosinas, se regalan á hurtadillas con una merienda. La poligamia por lo común es sucesiva; cuando deja de ser joven la primera mujer, el dueño escoge nueva compañera, quedando aquélla, sin embargo, ama de la casa, lo que la consuela en el abandono á que poco á poco se ve reducida. Si uno de sus hijos contrae matrimonio y llega á ser jefe de tienda, va á vivir en la nueva casa, y en ella manda, sin que esto sea causa de celos.

El trabajo más pesado que á la mujer se impone es

el interior de una familia cristiana; pero dista mucho del desorden tan común en los otros países musulmanes.

Alábase el espíritu religioso de los árabes, y no sin razón: lo tienen profundísimo, á pesar de su islamismo, tan poco á propósito para satisfacer el alma y cautivar el corazón del hombre. Me guardaré muy bien, sin embargo, de considerar como manifestación de sentimiento religioso el uso abusivo del santo nombre de Dios, que pronuncian sin religión, sin respeto, por motivos los más fútiles y aun groseros. Con todo, el habitante del Sahara es fiel á la oración, por lo menos mañana y tarde, sintiendo la necesidad de Dios en los incesantes peligros y privaciones de su existencia. Además es tolerante, admitiendo que haya otros que no rueguen como él; sobre este punto deja que cada cual haga lo que me-



AFRICA OCCIDENTAL.—Paísaje de Gabón. (Pág. 511)

el hacer provisión de agua: á excepción de este penoso servicio, sus ocupaciones se reducen á las propias de su sexo: hilar la lana, el pelo de cabra y de camello; tejer sacos, albornoces y alfombras; y fabricar con tierra ó con palmera trenzada, los utensilios propios de la casa. Algunas saben teñir de variados colores las hojas, con las que hacen cestas, tazas y platos, que no carecen de gusto y elegancia.

En el Sahara las mujeres toman parte en las conversaciones y discusiones sobre los intereses de la tribu y de la tienda, no siendo raro que la esposa de algún jefe dé su opinión, que por cierto no es desdeñada. Con frecuencia hemos encontrado mujeres que reciben á los huéspedes con desembarazo y dignidad, y se portan como buenas madres de familia. Ciertamente no es éste

jor le parezca. Ha habido aquí asesinatos de cristianos; pero los agitadores que alegaban el motivo de guerra santa no engañaron á nadie, y el jefe, lo mismo que los partidarios, buscaban en primer término, por no decir únicamente, su provecho é independencia.

A estas infelices gentes les domina el afán de interés. Entre los nómadas no tenemos ningún enemigo declarado, y nunca nos han demostrado mala voluntad. Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones: esta actitud debe atribuirse en parte al espíritu generoso de los habitantes del Sahara, y también á miras interesadas: este sentimiento predomina en todas las amistades y en las muestras de adhesión que nos prodigan. Los jefes consideran como un honor el estar en relaciones con nosotros: á la mayor parte les mueve la esperanza de



una ocasión propicia para explotar nuestra generosidad ó hacernos desempeñar el papel de morabitos árabes interviniendo en sus asuntos (á lo que nos negamos en absoluto): todos agradecen el cuidado con que tratamos á los enfermos, lo mismo que nuestros consejos en sus dificultades. Por otra parte no podemos quejarnos de ello: nos hacen justicia reconociendo que les somos útiles, y nos alegramos de que sean tan bien acogidos nuestros servicios, y de que el fanatismo no impida á los indígenas el recurrir á nuestra buena voluntad.

Las influencias religiosas no nos son hostiles, y esto es también una particularidad del Sahara. Nuestros árabes son religiosos, pero no devotos. Todos están inscritos en alguna Cofradía cuyo rosario llevan; pero son rarísimos los que recitan fielmente el *Dikr*. Una vez se han puesto bajo la protección del jefe de la Orden, y han ofrecido la *ziara* á su jeque ó mogaddem, creen haber hecho ya lo suficiente, y cuidan poquísimo de recitar fórmulas interminables de las que no comprenden una palabra.

Entre los jefes religiosos que se dividen la influencia de Uargla, conviene citar en primer término los Ulad-Sidi-Cheikh. Uargla ha sido conquistada para Francia y gobernada en su nombre por el célebre Si-Hamza, junto con sus hermanos, hijos, sobrinos, etc. Todos los disidentes que han huído de Uargla para refugiarse en el extenso avispero por ellos llamado Gherb, se han encontrado bajo la dominación de los Ulad-Sidi-Cheikh, quienes han aprovechado la ocasión para imponerles su protección, y para hacerse (sobre todo entre los Chaambas y los Mekhadema) con nuevos súbditos religiosos, á los cuales visitan cada año con toda regularidad para recoger la *ziara*.

La *ziara*, esto es lo principal. Estos señores desdennan el andar grave, recogido, altanero y con pretensiones más ó menos místicas, que constituye el signo característico de los morabitos. Su abuelo, Sidi-Cheikh, fué un santo personaje, y legó á sus descendientes, con la Baraka paternal, un cúmulo de méritos que les permite hacer todo lo que quieran. Sus hijos, excelentes jinetes, consumados cazadores y fumadores, tienen todos los derechos, vejan descaradamente, proclaman en alta voz el poder sobrenatural de su raza, y si tienen una mano abierta para dar, á fin de mantener su rango, la otra mano, con la que reciben, es un abismo que no llega á colmarse nunca.

La Orden de los Tidjanya cuenta muchos asociados, sobre todo en el país de los Said-Alba y de los Chaamba-Uland-Smail: los primeros frecuentan en sus excursiones Ain-Madhi; los segundos afilianse en Temacin, entre los Si-Maammar y en El-Alia, entre los Si-El-Alemi. Aunque ninguna Congregación musulmana está al abrigo de toda sospecha ni merece entera confianza, la de los Tidjani observa una conducta correcta y aun simpática, y ha prestado servicios á la influencia francesa. Sus jefes, en particular los del Este, han recibido muchas veces á los misioneros en el camino de Tugurt á Uargla, y siempre con una cortesía irreprochable.

No puede decirse lo mismo de los de Gadrya. Esta

Orden, establecida en Uargla hace algunos años, progresa y gana terreno todos los días. La *zauia* de Nefta fundó, hace cuatro años, una sucursal en Ruissat, entre los Beni-Thur, y la elección del Mogaddem que la dirige ha sido de las más acertadas. Si-Mohammed-Tayeb es un sujeto inteligente, instruido, bien educado, como los tunecinos de buena familia, de maneras sencillas y cordial: reúne las cualidades indispensables para adquirir grande influjo entre los habitantes del Sahara, y así es universalmente respetado. En relaciones frecuentes y amistosas con nosotros, demuestra en todas circunstancias un tacto exquisito y una deferencia que produce el mejor efecto.

En resumen, nos tratamos como buenos amigos con aquellos á quienes venimos á combatir, y esta situación tiene ventajas é inconvenientes. El enemigo á quien hacemos frente es astuto, y tenemos que obrar con mucha prudencia. Nuestro papel se limita por ahora á cuidar con la mayor solicitud á los enfermos, y á mantener buenas relaciones con la población: este invierno ya hemos bautizado más de treinta predestinados, maduros para el cielo antes de haber conocido el error y el mal.

Nadie nos suscita el menor obstáculo mientras nuestra acción se limita á algunas individualidades aisladas; pero cuando se trate de ir más lejos, cuando la obra haya prosperado, el espíritu del mal dará el grito de alarma. ¡Dios quiera que sea ya tarde! Pero esto es obra de la Providencia; la nuestra es la discreción en el celo, y la paciencia.

Al terminar, creería faltar á un deber si no señalase como una de las causas de la buena acogida que han hecho los árabes á los misioneros, la reputación que aquí adquirieron nuestros compañeros contemporáneos del P. Richard: su recuerdo y la evocación de su nombre ha sido para nosotros una recomendación: ¡ojalá sean asimismo un ejemplo eficaz!

## LA MISIÓN DE DOS GUINEAS Y LA ESCLAVITUD

POR UN PADRE DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO  
Y SAGRADO CORAZÓN DE MARÍA

Una de las mayores glorias del apostolado consiste en haber tomado la defensa de los esclavos, combatiendo, para obtener su libertad, con una abnegación que admiran aun las personas más prevenidas. Las páginas que van á leerse son el relato de los esfuerzos heroicos de una Congregación que ha sacrificado á esta obra sublime lo más escogido de sus primeros obreros. Sobre el sepulcro de numerosos mártires de la caridad se ha levantado el edificio, actualmente próspero, de las Misiones de Gabón.

### I

#### Los primeros misioneros

EN el año 1843 el Venerable P. Libermann emprendió la evangelización de la costa occidental de Africa. Al efecto el P. Bessieux, dotado de carácter enérgico, voluntad firme, paciencia á toda prueba y piedad admirable, se puso al frente de una caravana



de siete misioneros. Llegaron al cabo de las Palinas, pero apenas desembarcaron, cuando uno de ellos, el P. Begnier, de Alenzón, atacado de fiebres palúdicas, fué á recibir en el cielo el premio de su abnegación.

Todos los demás misioneros enfermaron, y al saberlo el Venerable Libermann, exclamó:

—De ningún modo debemos desalentarnos y dejar abandonados á tantos millones de infelices. Recordemos que somos los postreros en la Iglesia, y que Dios nos da lo que nadie quiere.

Permanecieron firmes, pues, y sucesivamente fueron todos víctimas de las calenturas, del hambre y de la hostilidad de los indígenas, de suerte que el 8 de Diciembre de 1844 recibió este despacho terrible:

«La Misión, que empezó bien en Gran-Basam y Asinia, ya no subsiste. El único misionero sobreviviente, está agonizando.»

Durante dos años nada se supo de él; creyósele muerto, y celebráronse Misas en sufragio de su alma.

Este desastre no desalentó á los hijos del P. Libermann, quienes se ofrecieron con piadosa emulación á ir á Guinea, que ya tenía protectores en el cielo.

Mas, he ahí que cuando menos se esperaba recibióse una carta del misionero que todos creían difunto: vivía aun en Gabón, pero extenuado por la calentura, los sufrimientos y las privaciones, y pedía socorros.

Después de mil peligros y de andar errante por la costa, el Rdo. Bessieux había logrado embarcarse en un buque inglés que se dirigía á Gabón.

#### *La esclavitud en Gabón*

Por aquella época estaba en su apogeo la trata de esclavos. Numerosos negreros acababan de ser capturados en el golfo de Guinea por una división naval británica, que en un solo día pudo libertar á dos mil de aquellos infelices que debían ser inmediatamente transportados á la Habana, á la Martinica y á Borbón. Todos iban sujetos y hacinados en el fondo del buque, sin que pudiesen hacer movimiento alguno.

En cada una de las embarcaciones capturadas contábanse de trescientos á trescientos cincuenta de aquellos infelices. A muchos les habían puesto pesadas cadenas en cuello, manos y pies, y estaban sentados unos detrás de otros con las piernas cruzadas.

Hallaron á las mujeres separadas de los hombres, pero amontonadas también y con cadenas. En uno de los buques había ciento veinte, acostadas todas en compartimientos de 4'35 metros de longitud, 6 de anchura y 1'44 de alto. La anchura de la plataforma era de 1'50 metros.

Las travesías duraban á veces tres meses, y únicamente la mitad de aquellos infelices llegaba á su destino: los demás sucumbían á consecuencia del hambre, los malos tratos y el aire infecto que respiraban en el fondo del buque.

El comercio principal de la costa de Guinea no consistía pues, como al presente, en oro, ébano, caucho y marfil, sino en esclavos.

Todos los que podían libertar los buques franceses é ingleses eran conducidos á Sierra Leona, la colonia inglesa más próxima, cuya capital *Freetown* (ciudad li-

bre), se pobló extraordinariamente. Entonces fué cuando con los negros libertados empezó á colonizarse la posesión francesa de Gabón.

#### *El P. Bessieux y los esclavos*

El P. Bessieux comprendió desde luego lo que había que hacer: cuidar principalmente de esos infortunados, instruirlos, y auxiliarlos en todas sus necesidades, así materiales como espirituales. En 1845 escribía: «He bautizado á treinta y dos indígenas, muchos de ellos esclavos. Chócales á los dueños el que los esclavos sean puestos á su nivel; pero confío podré hacerles entender que todos estamos amasados con el mismo barro y que son comunes nuestras esperanzas.»

Pero ¿de qué manera se les hará aceptar esta verdad, que debe ocasionar una revolución en Africa? ¿Por medio de las armas, como los Gobiernos, ó bien, como hizo la Iglesia en los primeros siglos, con la doctrina del amor fraternal?

La heroica caridad con que el Rdo. Bessieux trató y cuidó á los esclavos los levantó de su abatimiento, haciéndoles comprender que á los ojos de Dios y del misionero eran tanto como los hombres libres. Viendo á aquel apóstol incesantemente en medio de ellos, alentándolos é instruyéndolos, y oyéndole repetir todos los días que á los ojos de Dios tanto los esclavos como los dueños, los blancos como los negros, y los súbditos como los reyes son iguales, le querían entrañablemente y le seguían á todas partes.

#### *La esclavitud y el trabajo.—Celo de apóstol*

El celoso misionero no omitía medio alguno para interesar y atraerse á los esclavos. «Les canto himnos, leemos en una de sus cartas, y les hago orar y trabajar, y luego jugar. Siendo naturalmente holgazanes, procuro de un modo especial que se apliquen al trabajo.»

Muy de mañana se le veía partir con el azadón al hombro, y después de entonar el *Gloria Patri* poner manos á la obra. Desde la aurora hasta el anochecer trabajaba... como no trabajo un negro. Cuando le llamaban el almirante ú otro jefe, buscábanle entre la maleza, y cubierto de polvo y sudor, pero con la mayor distinción, adelantábase al encuentro de sus visitantes.

*Verba movent, exempla trahunt.* Por mucho que el Rdo. Bessieux hubiese exhortado al trabajo, no habría obtenido resultado alguno; pero ¿cómo resistir á su ejemplo? ¿Cómo no trabajar con un europeo, con un misionero que tan generosamente se inmolaba en un clima mortífero y abrasador, para proporcionar algún bienestar á los infelices negros?

El Rdo. Bessieux, aunque solo y abandonado de todo el mundo, anhelaba extender más y más su influencia. No bastándole Gabón, quería abolir los horrores de la trata hasta Dahomey. «Es preciso, decía, pedir los niños de la costa hasta más allá de Gran-Basam. Procuraré trabar relaciones con el rey de Dahomey, y pedirle niños: si no los da, podré por lo menos rescatarlos. Los niños de seis á diez años cuestan de cua-





CEILÁN.—El templo de Konaizer, en Trincomalia. (Pág. 514)

renta á sesenta pesetas; y en ciertas circunstancias por un vil precio se salvará la vida á centenares de infelices, á los que dan muerte cuando no pueden venderlos.»

Repetidas veces, en efecto, buques franceses volvieron de Dahomey y de los alrededores con esclavos, que encomendaban á la solicitud del apóstol.

Así vivió dos años sin comunicación con Europa y sin víveres, y por consiguiente sin lo más estrictamente necesario. «Cuando el Rdo. Bessieux llegó á Gabón (dice el H. Pedro, el primer compañero que fué á ayudarle en su Misión penosísima), concediéronle parte de un pequeño barracón que servía de almacén: allí dormía, comía y celebraba la Santa Misa, hasta que al cabo de algunos meses el Gobierno mandó le construyesen una cabaña; pero tan mal cubierta, que en los días de lluvia debía pasearse ó permanecer en la cama con el paraguas abierto: como la vivienda estaba construída sobre tierra, nunca llegaba á secarse, y por consiguiente era muy malsana.»

El valiente misionero enfermó en breve, y al cabo de algunas semanas todos los europeos lo creyeron perdido sin remedio. Sólo un milagro podía salvarlo, y María lo hizo: así es que empezaba á recobrar las fuerzas cuando le llegó un auxilio largo tiempo esperado, los Pabriot y Le Berre, que habían pedido como insigne favor ser enviados á las colonias más difíciles.

#### *Guerra práctica á la esclavitud.*

La Misión adquirió desde entonces verdadera importancia. En breve el Ilmo. Bessieux, nombrado obispo,

no se contentó con una sola residencia, y encomendando la de Gabón á los recién llegados, fué á fundar la de Intyogni-ntywa en Remboé, distante cuarenta kilómetros.

Los bulos y los mpongues, habitantes de los alrededores, eran ricos en esclavos, que iban á buscar en el Ogoué por el camino terrestre y el lago Azingo, ó bien por otro camino en la embocadura misma del Ogoué.

Los buques franceses registraban escrupulosamente todos los ríos, y á pesar de esta activa vigilancia continuaba la trata. Los negreros portugueses y brasileños permanecían á lo lejos, en alta mar ó detrás de la punta Denis, y durante la noche les llevaban piraguas llenas de esclavos.

El Ilmo. Bessieux no dejó de inspirar á aquellos salvajes el mayor horror á semejante tráfico, y logró abolirlo á lo menos en parte.

Enviaba los niños libertados á su escuela de Gabón, que dirigía el P. Le Berre; los enfermos, al hospital que se había edificado; las niñas á la residencia de las Religiosas recién llegadas, y las enfermas al hospital de las Hermanas. A los jóvenes los armaba con sables y azadones, y poníase á su frente para ir á desbrozar inmensos bosques.

Lo que hizo entonces contra la esclavitud, es quizá aun ahora lo más práctico: conviene que los Gobiernos favorezcan las expediciones á las tribus más ricas en esclavos, y que de una plaza á otra instalen puestos con fuerzas armadas para rechazar las embestidas de los salvajes. Pero junto á cada estación debe haber una residencia de misioneros, con el exclusivo objeto de



acoger á los infelices esclavos libertados, cuidarlos, instruirlos y enseñarles á trabajar. A esto debe reducirse el papel del misionero. Dejando á las potencias el uso del fusil y la pólvora, sólo debe secundarlas con escuelas profesionales, especialmente instruyendo á la juventud, y mostrando á todos el camino del cielo.

Construída una vivienda en Intyo-gni-ntyuwa, S. I. regresó á Santa María de Gabón, encomendando la nueva Misión á los PP. Le Berre y Peureux, quienes han dado algunas noticias de la manera bárbara con que los dueños trataban á sus esclavos. Sujetábanlos á los árboles con una pesada cadena al cuello, y apenas les daban de comer, de suerte que algunos parecían

infelices esclavos partían voluntariamente. Preguntábanles:

—¿Quieres alistarte? ¿deseas partir?

—Sí, respondían.

—¿Quieres realmente partir por tu propia voluntad?

—Sí.

—¿Te obliga alguien á ello?

—No.

Pero antes les habían dicho:

—Si no quieres, te matarán.

A lo que añadían los intérpretes:

—Si no quieres partir, el comandante va á quitarte la vida.

Y los oficiales, no comprendiendo una palabra de pongomué, dejaban salir la expedición.



CEILÁN.—Ensenada del puerto de Trincomalia. (Pág. 514)

esqueletos. El P. Peureux nos ha referido que encontró cierto día en una casa unos sesenta esclavos así encadenados.

En breve S. I. dirigió sus miradas hacia Denis, que había sido en todos tiempos el principal mercado; y que era el único punto en que, gracias á la astucia y á la inteligencia poco común del rey, se hacía la trata en grande escala. Los negreros estaban aún muy lejos, cuando ya en Denis se tenía noticia de su llegada. Reunía entonces sus esclavos, y desde lo alto de la punta Pingara hacía disparar algunos cañonazos, para que se acercasen los negreros.

Los intérpretes, sobornados por Denis y retribuidos espléndidamente por los capitanes, engañaban á las Autoridades francesas, de modo que pareciese que los

Los PP. Le Berre y Peureux, que estaban al corriente del idioma, advirtieron luego tales infamias, y á sus revelaciones se debió que cesase inmediatamente la trata en Denis. Unicamente algunas piraguas, que se aventuraban en alta mar hasta los cabos López y Santo Tomé, hicieron el oficio de negreros.

## LA LUCHA CONTRA EL BUDDISMO EN CEILÁN

POR EL Rdo. P. CARLOS COLLIN, O. DE M. I.

### VII Y ÚLTIMO

El Rdo. P. Collin ha enviado posteriormente el siguiente relato, que, como parece continuar la historia del Buddismo en Ceilán, lo unimos al estudio que concluyó en el número precedente,



y deseamos que, como espera el autor, interese á los lectores en una obra que sólo necesita recursos para ser una de las más fecundas.

**H**ACE más de un año que corre á mi cargo la Misión de Trincomalia. La ciudadela, llamada Fort-Frederick, se levanta en un montecillo casi rodeado por el mar y sumamente escarpado, en cuyo extremo las rocas están amontonadas perpendicularmente, de suerte que parece obra de gigantes. Es lugar sagrado para los indos, que conservan el privilegio de dirigirse á él todos los viernes por la tarde, con algunos soldados de escolta, para ofrecer sacrificios y romper nueces de coco. Denominan á este lugar «el templo de Konaiser.» Konaiser es uno de los nombres de Siva. Refiere la fábula que este montecillo es una de las mil ocho cumbres del Himalaya, llevada allí por el dios del viento, Vaivu-Ratchathan, con ocasión de un combate contra Athi-Sedan, la serpiente que sostiene la tierra. Ahora bien, siendo el Himalaya la habitación de Siva, «á quien cubre, dice la mitología, como el ave sus plumas,» esta montaña, desprendida de la gran cordillera, es también habitada por el dios.

Refiere asimismo la leyenda que el dios Cula-Koddu-Maha-Rajah construyó en este sitio un templo magnífico. De él no queda ya vestigio alguno; pero los paganos muestran en el mar una enorme roca cuadrada á la que dan el nombre de carro de procesión, llamando puerta del templo á una cavidad en la peña, por donde, dicen, desapareció Cula-Koddu-Maha-Rajah.

En el siglo pasado levantóse en lo alto de las rocas una pequeña columna monolita, dícese que en memoria de una joven holandesa que desde allí se precipitó al mar para no sobrevivir á la partida de su futuro esposo.

El grabado de la pág. 512 representa á los indos en adoración, vueltos de cara al mar, mientras que los brachmas ofrecen el sacrificio á orillas del precipicio, y los soldados ingleses vigilan.

La Misión de Trincomalia consta de diez mil católicos. La cristiandad más importante, ó por mejor decir la única importante después de la de esta ciudad, es la de Kottar, en la embocadura del río Mahavila-Ganga. El terreno es fértil, si bien algo pantanoso, y tenemos allí trescientos cristianos de la casta de los Paravers. Oriundos de la costa de Pesquería, en Pessalai, isla de Mannar, emigraron de nuevo hace un siglo, y vinieron á Kottiar, tal vez para evitar la persecución de los holandeses, y construyeron de ladrillo la capilla que aun al presente sirve para iglesia parroquial.

Por desgracia la antigua capilla no sólo es ahora harito pequeña, sino que se va desmoronando. Ya en 1880 el P. Rouffiac puso la primera piedra para un nuevo edificio, mejor situado, en terreno más vasto, eminente y céntrico. El P. Massiet, su sucesor, ha desplegado los recursos de su talento y actividad para llevar la obra á feliz término, logrando construir las paredes hasta la altura de tres metros y medio. No podrá levantarlas más, pues conviene empezar el techo antes que se nos venga encima la iglesia antigua, que sólo se sostiene merced á algunos puntales.

Mis cristianos de Kottiar son muy pobres: únicamente poseen el escaso terreno en que están construídas sus viviendas, y dependen para su subsistencia de los mahometanos, que son los judíos del país, y monopolizan todo el capital. Cuando nuestra gente carece de trabajo, compran á crédito á los mercaderes mahometanos, quienes dan á sus mercancías un valor excesivo, á lo que hay que añadir el interés de sesenta ó ciento por ciento. Entonces es preciso que el infeliz cristiano trabaje como un esclavo para satisfacer una deuda sin cesar renovada. Si hace ladrillos, tiene á su lado el acreedor que se los quita apenas concluídos, abonándolos solamente á razón de dos pesetas ó dos pesetas cincuenta céntimos el millar. Si la mujer se ha dedicado á hacer vasijas, tampoco falta el usurero el día de meterlas en el horno, para reclamarlas por lo que alcanza su crédito y al precio de un céntimo la pieza.

Un brazo de mar de unas diez millas de ancho separa á Kottiar de Trincomalia: todos los días algunas embarcaciones transportan de uno á otro punto mercancías y numerosos pasajeros. Mas como todos los buques pertenecen á los mahometanos, los marineros cristianos tienen que holgar el viernes, día sagrado para los hijos del Profeta, y trabajar el domingo, cuando el patrón lo exige, so pena de perder su plaza. Desde que esta Misión está á mi cargo, veo con honda pena esta situación, que no sólo impide que nuestros cristianos de Kottiar salgan de su estado de miseria, sino que además pone en peligro su fe y costumbres. Pero ¿cómo remediarlo? Repetidas veces les he dicho:

—¿No podríais entre todos reunir la cantidad suficiente para adquirir una embarcación?

—¡Ay! me contestan; necesitaríamos unas mil pesetas; y aun cuando allegásemos poco á poco esta suma, apenas estaría concluído el barco, se apoderarían de él los mahometanos para cobrarse algunas deudas.

He aquí una obra cristiana, para la cual hago un llamamiento á la caridad de vuestros lectores. Remitidme mil pesetas para comprar una embarcación. Será propiedad de la iglesia de San Antonio de Kottiar: los cristianos lo equiparán, lo que les proporcionará el medio de ganarse el arroz independientemente de los secuaces del Profeta, y los beneficios, que pertenecerán á la iglesia, nos permitirán concluir las obras y subvenir á los demás gastos indispensables para el sostén de la Misión.

## EN NUEVA POMERANIA

### II

#### LOS INDÍGENAS

##### *Población*

**E**N todos los puntos que han visitado los europeos, generalmente se ha encontrado numerosa población; pero á causa de no haber podido internarse es imposible hacer una evaluación ni siquiera aproximada.

Así es que respecto á este punto los geógrafos están en completo desacuerdo. Unos creen que habrá trescientos mil insulares, y otros dicen novecientos mil ó un



millón. Me inclino al parecer de estos últimos, juzgando por la población de Vlavolo, y teniendo en cuenta que la superficie de estas islas es de cien mil kilómetros cuadrados.

Sea como fuere, hay allí un pueblo entero redimido con la Sangre del Salvador, y un pueblo profundamente infortunado, á quien el demonio, desde hace seis mil años, tiene en el más cruel é ignominioso cautiverio. Esto es suficiente para mover á las almas animadas del amor de Dios y del prójimo, para que acudan generosamente á socorrer á estos infelices salvajes.

### Raza

La raza predominante parece ser la *papara* de Nueva Guinea. Su carácter distintivo son los cabellos abundantes y crespos, la piel muy morena sin ser negra, la nariz corta y ancha en la base, los ojos negros, el talle mediano y bien proporcionado.

Adviértense, no obstante, en cada isla, y á veces en una misma, variedades muy pronunciadas en el color, la forma del rostro y la estatura, y aun, á lo que parece, se encuentran en muchos lugares rasgos de malayos, polinesios y negritos.

### Alimentos

Los isleños los toman principalmente del reino vegetal, y consisten en taros, plátanos, ñames, patatas dulces, cañas de azúcar y á veces frutas comunes en estas islas. De vez en cuando comen pescado, y carne de cerdo y de perro, y muy raras veces kanguro y casoar.

Es difícil que padezcan carestía, pues el terreno es tan fértil, que con uno ó dos días de trabajo á la semana cosechan para vivir con holgura; así es que su canibalismo no puede atribuirse al hambre, sino á superstición ó ferocidad.

### Vestidos

Hombres y mujeres viven en todas partes en la más repugnante y completa desnudez, prueba de su espantosa corrupción. Gústales, no obstante, los adornos, y satisfacen su grotesca coquetería con brazaletes de mariscos en los brazos ó en las muñecas, palillos pasados por un agujero que se hacen en la base de la nariz, pendientes en las orejas, cabellos untados con aceite y pintados, y un penacho en la coronilla de la cabeza. Tal es el adorno de las fiestas.

Se desfiguran también el rostro con el picado, especialmente en las islas Salomón. (*V. las pags. 516 y 517*).

### Habitaciones

Los canacos (nombre con que generalmente se designa á los insulares de la Oceanía Central) habitan casas construídas con hierbas. En Nueva Pomerania son á veces tan bajas que no se puede estar en pie, y tan angostas que se tocan las paredes opuestas extendiendo los brazos.

—¿Para qué, dicen, fatigarse en construir casas grandes que sólo nos sirven para pasar la noche, y que tantas veces son pasto de las llamas en las guerras?

Los canacos no se reúnen en gran número en una misma aldea: sus viviendas, en grupos de tres ó cuatro,

están diseminadas por la campiña, y con preferencia en un montecillo, á la sombra de los cocoteros y en medio de un patio, rodeadas de una empalizada y cerca de una plantación. A esto llaman *gaunan*, esto es, lugarcillo.

### Trabajo

Los canacos viven principalmente del trabajo de sus manos: son agricultores. Cada cual trabaja con esmero en sus plantaciones, donde cultiva los frutos y legumbres ya mencionados. Los hombres se dedican á desbrozar y plantar, y las mujeres cuidan los cultivos y cosechan los frutos.

### Industria é inteligencia

No dejan de ser industriosos: fabrican piraguas, redes, armas y adornos. Esculpen con cierto arte piezas de madera para adornar la parte anterior y posterior de las piraguas, representando, entre dibujos varios y armoniosos, aves, pescados y figuras humanas. Sobresalen especialmente en esculpir, en piedra blanca ó en madera, los objetos de sus supersticiones; como una serpiente sagrada que se expone á la vista de los iniciados en las ceremonias nocturnas de la *Malira*; mascarillas con las cuales se cubren el rostro los miembros de la Sociedad del *Dukduk* durante sus bailes; estatuas de un ídolo grotesco é inumundo que sirve para el culto misterioso de la sociedad de los *a-iniet*. Estos trabajos de escultura son muy complicados y de una sola pieza.

En algunas islas llegan á fabricar tejidos y vasijas.

Por lo demás, estos insulares son muy inteligentes; y los niños aprenden con tanta facilidad como los de nuestras escuelas de Europa. A los hombres, por su destreza y energía, los emplean los europeos con preferencia á los negros de otras comarcas. Merced á la influencia de nuestra Santa Religión podremos hacer de ellos obreros é industriales excelentes.

### Lenguas

Una de las mayores dificultades de esta Misión consistirá en la diversidad de lenguas. No sólo en cada isla, sino aun en los distritos de una misma los indígenas no se comprenden. Supónese que la mayor parte de estas lenguas tienen grandes semejanzas. No creo, sin embargo, que la haya entre las de Nueva Pomerania y las de las islas Salomón.

La lengua de Vlavolo se habla en Bahía Blanca y probablemente en toda la península de la Gacela. Se la encuentra algo modificada en las islas del Duque de York, y conserva muchos vocablos en las lenguas de Nuevo Mecklemburgo.

Esta lengua de Bahía Blanca es dulce, sencilla, regular, lógica, expresiva y rica. Mírese como se quiera, es una hermosa lengua que, á mi parecer, nada tiene que envidiar á las de Europa, sin excluir el latín y el griego.

### Creencias

Véase un ligero resumen de las creencias de Vlavolo y sus alrededores.



Existen dos seres creadores, llamados To-kambinana, que significa *ser sabio ó la sabiduría*, y To-korvuvu, palabra compuesta sin dula de *korkor*, negro, y *uvu ó ubu*, combatir, asesinar, que significaría *el negro combatiendo, el negro asesino*.

Estos dos seres son hermanos é iguales: siempre han existido, y se repartieron la creación del mundo, de suerte que uno creó ciertas comarcas, y su hermano las restantes.

To-kambinana es bueno, generoso, bienhechor, ama á los hombres, los protege y procura hacerles bien. To-korvuvu, al contrario, es perverso y malvado: contraría las buenas obras de su hermano, combate á los hombres, y se esfuerza por perjudicarlos.

Entre muchas sencillas leyendas refiérese la siguiente: Cierta día To-kambinana, queriendo proporcionar pescado á los hombres, hizo redes, y las extendió en el mar. Mas á favor de las tinieblas acudió el malvado

To-korvuvu, y sacando las redes las hizo pedazos. El día siguiente, al advertirlo To-kambinana, llamó á su hermano, le reprochó amargamente su conducta, y le despidió lanzándole una mirada rencorosa.

Otra vez To-kambinana dijo á su hermano:

—Ve y di á los hombres de mi parte: «Aquellos que quemen madera verde en sacrificio, vivirán; y los que la quemen seca morirán.»

To-korvuvu fué, en efecto, al encuentro de los hombres, pero les dijo todo lo contrario, y al saberlo To-kambinana, le riñó.

### *La serpiente homicida*

La siguiente historia se parece de una manera notable á la tradición sobre la caída original.

Cierta día, refieren, pasaba un hombre por un sitio que nos designaron (dista pocos metros de nuestra casa

y está enclavado en nuestra propiedad). Allí vió en un árbol una enorme serpiente, del grueso de un brazo. En aquella serpiente moraba el demonio. De un salto se arrojó sobre el hombre, y enroscándose en su cuerpo le dió muerte. Desde entonces, añaden, este terreno es execrado y maldito. Beber agua ó comer un fruto cogido en este lugar, causaría la muerte. Es conocido y temido de todos, y lo denominan el *A-kaia*, del nombre de aquella fatal serpiente, que es sinónimo de *malo, malvado, maldito*. Allí hemos abierto un pozo para nuestro uso; pero los canacos no quieren beber agua de él por ningún precio.

Lo más singular del caso es que cada pueblo tiene su *A-kaia*, del que se cuenta la misma historia. Por lo demás, les es tan natural asociar, en su mente, la serpiente y el demonio, que llaman á aquella *tambaran* (demonio ó especie de serpiente).

### *El alma y la vida futura*

La creencia más universal y sobre la que nadie suscita la menor duda, es la de la existencia, inmortalidad y espiritualidad del alma; pero su paraíso es muy material.

Según ellos, las almas de los ricos y los jefes van al morir á un lugar donde gozan de la dicha de fumar, comer y recrearse á su sabor. Las almas de los pobres, por el contrario, permanecen en el pueblo, en el cual durante la



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—Tipos diversos. (Pág. 515)



noche se les oye gemir y lamentarse tristemente, apareciéndose á sus parientes para asustarles.

Con todo, para que el rico sea feliz en la vida futura, es necesario que su familia distribuya después de su muerte mucho *divara* (moneda del país compuesta de una sarta de mariscos), y dé en honor suyo bailes, comidas y fiestas. Sin liberalidades de este género, hechas con las riquezas que legó, su alma no será feliz y atormentará á su familia.

Su esperanza de dicha futura reconoce por único fundamento la riqueza. Así, grande es su solicitud y no escasas las privaciones que se imponen toda la vida para conservar y aumentar su *divara*. ¡Ojalá comprendan pronto que el verdadero *divara*, el único que vale en la hora de la muerte y con el cual se compra el cielo, es la divina gracia!

#### Demonios

Otra creencia muy arraigada y que influye extraordinariamente en la vida y costumbres de estos pueblos, es la de los demonios.

Para ellos los demonios, *tambaran* (palabra sinónima de *pobre infeliz*), son espíritus exclusivamente perversos, mentirosos, malvados y continuamente ocupados en nuestro daño. Impútanles las enfermedades, la muerte, las perturbaciones de la naturaleza y todos los sucesos desgraciados. Hay legiones de demonios en todas partes, especialmente en los bosques, los lugares desiertos y las profundidades del mar.

No solamente tienen hechiceros para sus maleficios, sino también para quitarlos, para curar las enfermedades, para que llueva y haga buen tiempo y para mil otras circunstancias. Lo más claro de todo es el provecho que estas supersticiones producen á los hechiceros.

A uno de los demonios le llaman *A-toi* (palabra que significa macho), y que es propiamente el de la lujuria. Este demonio probablemente será el que representan con la estatua del *A-iniet* de que ya he hablado, y que exponen á las miradas y quizá al culto de los adeptos en las ceremonias secretas. Estos adeptos son llamados también *a-ten a-toi*, es decir, hechiceros del demonio *A-toi*, de quien dicen reciben poderes infames.

Reservo para otro día tratar de las asociaciones secretas de los *A-iniet*, del *Dukduk* y de la *Matira*, todavía envueltas en las sombras del misterio.



NUEVA POMERANIA (*Oceania*).—Tipos indígenas de Bahía Blanca. (Pág. 515)

## VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Empezamos hoy la publicación de una obra magistral, debida á la pluma de un misionero justamente célebre por sus relatos llenos de interés. El de su viaje al Sinaí, superior en mérito á todos los que ha publicado hasta el presente, es un estudio completo y concienzudo de países poco explorados: las nociones científicas y geográficas que contiene, los recuerdos bíblicos que evoca, y el estilo sobrio y ardiente á la vez del narrador, hacen su lectura tan instructiva como interesante.

**D**ESPUÉS de la Tierra Santa entre todas que el Verbo Eterno se dignó escoger para su patria humana, y regó con su sudor y su sangre, ninguna otra comarca habla tanto de Dios como la ilustre montaña en que el Señor, entre resplandores de majestad divina, proclamó el Decálogo, regulando para siempre las



relaciones del hombre con su Criador y de los hombres entre sí; como estos desiertos donde Dios inauguró la ley del temor preparando la de amor, donde instruyó y educó por sí mismo al pueblo que se había escogido, nutriendolo y multiplicando en su favor los milagros durante cuarenta años. El maná milagroso blanqueó todas las peñas de estas soledades, y alumbró sus valles la nube luminosa que guiaba los pasos de Israel. En estos desiertos sombríos envuelve al viajero una atmósfera enteramente mosaica y divina: á cada paso vislumbra á través de los siglos el reflejo de alguno de los prodigios con que la misericordia y justicia del Señor querían atraer á los hijos de Adán, tan á menudo ingratos y rebeldes; siéntese allí más cerca de Dios.

Así no es de extrañar que en todos tiempos almas escogidas, hastiadas del mundo y deseosas de consuelos celestiales, se sintieran atraídas á estas ásperas y desiertas montañas. Elías abandonado de todos, perseguido de muerte por Jezabel, vino al Sinaí para implorar la protección divina. Millares de anacoretas, en los primeros siglos del Cristianismo, acudieron de Egipto y de todas las comarcas de Oriente á la montaña santa y á sus agrestes valles, haciéndose morada en todas sus cavernas, para llevar en ella una vida enteramente celestial. Silvano, Amón, Nilo, Juan Clímaco, Teodoro de Raitha, Anastasio el Sinaíta y tantos otros ilustraron estos sitios con el esplendor de sus virtudes y milagros, componiendo, para conservar el fervor de sus hermanos, libros llenos de las más sublimes lecciones de piedad, que son al mismo tiempo los documentos más preciosos relativos á la historia local de su época.

Numerosos peregrinos de Occidente, á su regreso de Tierra Santa han visitado el Sinaí, dejando de su viaje relaciones llenas de interés y piedad.

Una de ellas, la más antigua de todas, que refiere la peregrinación llevada á cabo por los años de 385 á 388 por Santa Silvia de Aquitania, hermana de Rufino, ministro de Teodosio, acaba de descubrirse en una biblioteca de Arezzo, en Toscana (1). Fuera de los Sagrados Libros, no se posee ningún escrito de tan grande autoridad sobre esta parte de la geografía sagrada. Viajaba la Santa con una escolta de soldados romanos, alojábase en los monasterios, se hacía mostrar todos los santos lugares por los monjes más instruidos, y los confrontaba con el Sagrado Texto. Su libro, escrito con admirable precisión, nos da á conocer toda la tradición monástica del siglo IV acerca la topografía del Exodo: lo consultaremos con frecuencia.

Podemos decir desde luego que coloca la montaña del Sinaí y la cumbre de las divinas apariciones en los lugares venerados por los peregrinos de nuestros días, y que confirma generalmente las identificaciones admitidas por la expedición científica inglesa de 1868 y 1869 (2).

(1) J. F. Gamarrini: *S. Hilarii tractatus de mysteriis et hymni et S. Silvie aquitanæ peregrinationis ad loca sancta*.—Accedit *Petri diaconi liber de locis sanctis*.—Roma, 1887.

(2) *Ordnance Survey of the Peninsula of Sinai*. 5 vol. Londres, 1869-1872. La expedición, á las ordenes del mayor E. S. Palmer, contaba entre sus miembros al mayor C. Wilson, al orientalista E. H. Palmier, al naturalista Holland y al zoólogo M. C. Wyatt.

El jefe de la expedición, Enrique Spencer Palmer, ha publicado de la obra grande un excelente resumen en un tomo: *Sinai*. London Society for promoting christian knowledge.

He tenido la buena fortuna de hacer este viaje con uno de mis Hermanos holandeses, el P. Van Kasteren, orientalista erudito, trabajador incansable y poeta. Todo el camino me hará partícipe de sus conocimientos, para que pueda dar interés á mi relato.

## I

### Puerto Said y el istmo

La entrada de Puerto Said por el mar tiene algo de misterioso y solemne. Distínguese apenas la costa, cuando ya se pasa rozando junto á la punta de un inmenso dique de grandes bloques hacinados sin orden. Una embarcación, con bandera blanca en la que se lee la palabra *pilote* en gruesos caracteres, llega á todo vapor remolcando la barca del piloto, y, por una evolución rápida, la dirige al flanco de nuestro buque que ha disminuído su velocidad. La embarcación sigue su camino entre dos líneas de boyas, y pasa junto á las grúas flotantes destinadas á echar nuevos bloques en el dique, ante las enormes dragas que quitan del canal las arenas que incesantemente arrastra el mar. Por último, se desliza con lentitud entre los inmensos buques de las Indias detenidos en el puerto para renovar su provisión de combustible. Pelotones de soldados árabes, negros y semidesnudos, corriendo en todas direcciones envueltos en una nube de polvo de hulla casi impenetrable á la vista, son para los pasajeros un espectáculo casi diabólico.

Puerto Said no es todavía otra cosa que un depósito de carbón para los buques de tránsito, y un centro de la Administración del canal. No puede comunicarse con tierra firme sino por la vía marítima, y apenas ostenta un poco de verdor. Rodea á la ciudad una sábana de estéril arena, sin vestigio alguno de cultivo: al Norte y á cierta distancia hay el mar; á Levante, el canal; al Sud y al Poniente, el lago Menzaleh, donde las aguas del Nilo se mezclan con las del mar. Escasea el agua dulce, que, procedente de Ismailia (distante ochenta kilómetros), impulsa una máquina de vapor en dos tubos de hierro.

Se preguntará tal vez cómo se explica que la ciudad no tenga canal de agua dulce ni ferrocarril, cuando los tiene Suez, que es mucho menos importante. El mismo Gobierno se ha opuesto hasta ahora al desarrollo de Puerto Said para no disgustar á las poderosas casas de comercio y á los ricos hacendados de Alejandría. Sabe muy bien que, desde el día que Puerto Said cuente con ferrocarril, atraerá más de la mitad del comercio exterior de Egipto en detrimento de aquella gran ciudad. No sólo la mayor proximidad del Delta atraerá á Puerto Said los algodones y otros géneros de exportación, sino también el bajo precio del flete en los buques carboneros, obligados á volver en lastre á Inglaterra.

Estos buques son numerosos en el puerto, y necesitase uno para servir á dos buques de la carrera de las Indias á la ida y vuelta. En vez de tomar por lastre arena que les cuesta á cinco pesetas la tonelada y que deben descargar en el mar antes de llegar al puerto de cargamento; ó bien llenar con agua de mar los depósitos para el carbón y vaciarlos después con bombas, les in-



teresaría tomar á la vuelta, aun sin flete, las mercancías que no dejaría de ofrecerles el comercio egipcio.

Al temor de disgustar á Alejandría añádese quizá un motivo de política general en la oposición que hace el Gobierno egipcio al desarrollo de Puerto Said. ¿No verá tal vez un peligro en trasladar el movimiento de los negocios á una ciudad que, por su situación é intereses, será siempre más internacional que egipcia?

Es de prever, no obstante, que la corriente natural de las cosas no tardará en arrollar todos los obstáculos que se oponen al desenvolvimiento de Puerto Said. Abrese ya un canalito de agua dulce paralelo al canal marítimo, y el Gobierno, después de haber concedido á la Compañía del canal un ferrocarril para su propio uso, le concede el derecho de transportar viajeros y mercancías á grande velocidad. Así que esta vía se abra al comercio, Puerto Said empezará á ser una gran ciudad.

El mar le prepara ya el emplazamiento. Una corriente marítima muy conocida, que procede tal vez del Océano por Gibraltar, sigue la costa africana, arrastra enorme cantidad de arena y limo al pasar frente de las bocas del Nilo, especialmente al tiempo de la crecida, y contenida su velocidad por el dique de un kilómetro y medio que protege la entrada del canal al Oeste, deja depósitos que ensanchan continuamente la playa. El consulado de Francia, que estaba á orillas del mar hace veinte años, dista ahora de él más de quinientos metros. Otra porción de arena atraviesa el dique permeable al agua, y se deposita en el canal destinado á los buques. El resto va á cegar las bahías y los puertos de la costa de Siria. Jafa, San Juan de Acre, Tiro y Sidón tienen sus puertos llenos de estas arenas. El de Alejandría, algo arriba de las bocas del Nilo, es el único abierto.

En la ciudad, los establecimientos religiosos se van ensanchando, en previsión del porvenir. Los Padres Franciscanos construyen una vasta iglesia, de estilo italiano, adornada con gusto (*V. pág. 524*); las Religiosas del Buen Pastor, de Angers, están terminando para sus escuelas una casa grande, rodeados todos los pisos con anchas *verandas* ó galerías, según la costumbre india, que prevalece hoy en Puerto Said. No produce esto buen efecto, y aun es dudoso que comunicaciones enteramente exteriores sean cómodas; pero dícese que es fresco, y esto basta.

Los admirables Hermanos de las Escuelas cristianas han abierto también escuelas, y construido un vasto edificio al Norte de la ciudad.

Partimos de Puerto Said con el vapor correo egipcio, que nos conducirá por el canal á Ismailía, en donde tomaremos el ferrocarril.

La travesía del canal es interesante, á condición de que sea rápida, como nos ha sucedido á nosotros. Marchamos con la velocidad de veinte kilómetros por hora, mayor que la de los buques de alto bordo, que la tienen regulada á cuatro nudos. Por la parte de Asia leemos las millas marinas, y en la orilla africana los kilómetros. En el vigésimoséptimo, la tierra de las orillas es negra, y las escarpas están consolidadas con especial

esmero: encontrámonos en el cauce del antiguo brazo pelusiaco del Nilo. Al profundizar el canal se hallaron grandes masas de lodo movedizo, y fué preciso enterrar montañas de piedra para dar consistencia á las orillas.

Pelusio, ciudad célebre por la que pasó la Sagrada Familia al dirigirse á Egipto, dista veinte kilómetros al Este, pero no es posible acercarse á sus ruínas, pues la depresión progresiva de la costa ha formado á su alrededor pantanos de agua salada y de movibles arenas que no pueden franquearse sin peligro.

Trabájase ahora activamente en ensanchar el canal para que los buques puedan cruzarse por todas partes sin detenerse. Pasamos con rapidez y vamos dejando detrás las habitaciones flotantes, aseadas y casi bonitas, de los directores de las obras. Por la variedad de medios empleados en sostener las escarpas del canal, como son empalizadas de troncos, tablas clavadas en las estacas, plantaciones de tamarindos, glacis de albañilería hidráulica, y especialmente por las violentas sacudidas que el movimiento de las aguas imprime al vaporcito al cruzarse con buques de alto bordo, júzgase que la consolidación de las arenas de la orilla es una gran dificultad que sólo podrá resolverla el tiempo.

Las boyas señalan el angosto camino de los buques durante el día, y luces rojas por la parte del Africa y verdes por la del Asia, lo iluminan por la noche, pues únicamente los buques provistos de un faro de luz eléctrica en la popa, pueden transitar de noche, y cruzar todo el canal en dieciséis horas.

Las luces fijas, son de gas y alumbran noche y día, alimentadas por grandes receptáculos puestos en la orilla, que semejan enormes piezas de artillería montadas en sus cureñas y apuntando á los viajeros. En los lagos, y en el mar á la entrada y salida del canal, contiene el gas la misma boya esférica que hace veces de faro (1).

Súbitamente el horizonte se despeja, y entramos en las aguas azules del lago Timsah, llegando en pocos minutos al desembarcadero de Ismailía. Allí vemos un hospital para los obreros y empleados del canal, encomendado á las excelentes Hermanas de San Vicente de Paúl: un tranvía reservado para los enfermos une el embarcadero con la estación.

## LAS MISIONES CATÓLICAS DEL EXTREMO ORIENTE

### I

DÍCESE que San Ignacio, cuando sólo contaba con un puñado de soldados en su naciente Compañía, y recorría desde Roma con su mirada de águila, las innumerables regiones de la tierra sumidas en las tinieblas del error, sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, comparando la inmensidad de los campos cubiertos de mies, con el reducido número de brazos de que él podía disponer para la siega.

Ellos eran pocos, muy pocos, para recoger tantos

(1) Las boyas tienen tres metros de diámetro, y los otros receptáculos son de la misma capacidad. Cada tres meses los llenan de gas rico y á alta presión. Un regulador cónico mantiene igual la salida del gas cuando la presión disminuye.



haces de espigas y colocarlas en las trojes celestiales: y sin embargo San Ignacio, devorado por la insaciable sed de mayor gloria divina, hubiera querido que su esfuerzo y el de los suyos bastara á dar cima á tan colosales trabajos.

Algo, siquiera semejante de lo que sentía aquel corazón más grande que la tierra, deberíamos sentir los socios del Apostolado de la Oración al encargarnos el Sumo Pontífice que roguemos este mes por las Misiones del Extremo Oriente.

*Mensis quidem multa.* La miés, en verdad, es mucha. Solamente fijándonos en el inmenso imperio de la China y en sus cuatrocientos millones de almas infieles, se sobrecoge el ánimo y cae en cierto linaje de desaliento. Pero, si continuamos extendiendo la vista por esas islas del Japón, antes tan heroicamente cristianas, y añadimos á la enorme suma de almas, las que moran en la Cochinchina, y en el imperio de Anam, y en el Cambodje, y en el Tonquin, y en el reino de Laos y en el reino de Siam, que sólo en su capital Bangkok, en las dos orillas del Meinan, cuenta con cuatrocientos mil idólatras prontos á rendir culto á sus elefantes blancos; si dejando aparte otras muchas dilatadísimas regiones, consideramos las abominables costumbres, los supersticiosos cultos, el pertinaz fanatismo y materialismo grosero en que viven sumergidos los que no saben todavía que Dios se ha hecho hombre por ellos y ha muerto por ellos hace diecinueve siglos; el corazón desfallece y hasta la más fervorosa oración parece como que se hiela en los labios.

¡Hay tanto que trabajar y se trabaja tan poco! ¡Hay tantas almas en inminente y cierto peligro de eterna condenación, y son tan pocos los que por ellas se interesan, tan pocos los que acuden en su socorro! Mas ¿á qué desalentarnos? Cuando Dios Nuestro Señor quiere que le pidamos por esas pobrecitas almas, señal es de que tiene profusión de gracias que difundir sobre aquellas heroínas de la caridad, Religiosas de tan santos Institutos, sobre aquellos valientes misioneros consagrados á la salvación de sus hermanos en tan remotas regiones, alejados para siempre de la patria querida que les vió nacer, de los brazos cariñosos de los suyos que en vano trataron de retenerlos estrechándolos contra su corazón, cuando se oyó la voz de Dios que llamaba á sus predilectos á la inmolación total de sí mismos, á las privaciones, al hambre, á la sed, á fatigas abrumadoras, á ignominias sin cuento, á la persecución, al martirio!

## II

Y en efecto, gracias á la fidelidad en responder al llamamiento divino, en muchas de las más lejanas playas y más escondidos bosques, y aun más populosas ciudades gentiles, nuestros misioneros han levantado su tienda de campaña coronada por la bandera de la cruz y blasonada con las armas de la Iglesia Romana, y han renovado en el seno de las nacientes cristiandades las maravillas de la primera propagación del Evangelio, y los combates y los triunfos que embellecen los anales de la primitiva Iglesia. Esos triunfos más visibles constan en las cartas edificantes de gran número de publicaciones católicas europeas y americanas, y en

los anales de la Propagación de la fe; pero donde más impresas quedan es en el corazón de los fieles que tienen la dicha de participar de tales beneficios y ser testigos de tantas proezas evangélicas. Sólo la Sociedad de Misiones extranjeras de París, que tiene á su cargo gran número de Vicariatos apostólicos, ha podido este último año gloriarse santamente de haber arrojado en el amoroso gremio de la Iglesia treinta y ocho mil cien adultos, y ciento ochenta mil trescientos setenta y seis niños.

Impreso está en el gran libro de la vida y con caracteres indelebles, el elocuentísimo catálogo de pagodas y templos idolátricos destruidos, de iglesias consagradas al culto del verdadero Dios, de asilos abiertos á la orfandad, á la ancianidad, á la desgracia, de nuevas Sedes arquiepiscopales y episcopales erigidas en florecientes centros de vida católica á costa de muchos sudores, y aun de mucho derramamiento de sangre en públicos y recientes martirios. Triunfos son éstos visibles que de algún modo pueden enumerarse; mas los triunfos que solamente Dios conoce y cuyo cumplido premio sólo Dios reserva para sí, ¿quién los podrá contar?

La gloria que á Dios redunda de esos martirios secretos del alma, de esos sollozos de angustia ahogados en la soledad, de esas amargas lágrimas arrancadas por la ingratitud que brota en los surcos de la vida del misionero, á medida que se arrojan en ellos á manos llenas los beneficios; la gloria de esas luchas de las pasiones superadas por la fe y el temor y amor de Dios, único testigo del triunfo, ¿cómo no han de alegrarnos á todos y cómo no nos han de animar á pedir por los heroicos campeones de nuestra Religión Sacrosanta y por sus cristiandades? ¿Cómo no han de interesarnos las incommensurables regiones del Celeste Imperio, recorridas ya en todas direcciones por hijos de San Francisco y Santo Domingo y San Ignacio; el poderoso imperio del Japón, donde se establece de nuevo la jerarquía eclesiástica; la Corea, tierra clásica del martirio; y por último, muchos países de la India, abiertos á la fe gracias á la mayor libertad que el protestantismo mercantil concede al misionero romano para exponer á los pueblos la verdad única salvadora, de que es única depositaria la Iglesia?

Mas si los triunfos visibles é invisibles de nuestros misioneros y hermanos del Extremo Oriente nos deben atraer hacia los pies de Nuestro Señor, para suplicarle que multiplique tan gloriosas hazañas y dé á todos perseverante esfuerzo en el combate; los riesgos á que están expuestos, las pruebas y vicisitudes por que pasan los nuevos cristianos, han de impulsarnos necesariamente á gemir en el divino acatamiento, y clamar por piedad y misericordia.

## III

La persecución de la China, á lo menos la latente, puede decirse que no cesa un punto: el odio contra el nombre cristiano reconcentrado en la gente letrada, muy ensoberbecida con su asiática civilización y con sus antiquísimos cultos idolátricos, y exacerbado en la gente plebeya, que ve en cada extranjero á un enemigo



de sus hijos, de sus familias y de su patria, estalla con frecuencia y llega á reducir á cenizas los templos y casas de los cristianos, y á ensangrentar con sangre sacerdotal y hasta de vírgenes consagradas á Dios el suelo que habían procurado fecundizar nuestros hermanos con sus apostólicos sudores y sus lágrimas. En varias naciones del Celeste Imperio para despertar la crueldad junta con la sed de rapina, y para apoderarse de lo que pertenece á las Misiones católicas, les basta lanzar á la crédula voracidad del vulgo la especie de que los misioneros crean orfelinatos y asilos para la infancia, y recogen á los niños á quienes abandonan sus padres, para arrancarles los ojos y el corazón, y formar, con estos y otros ingredientes misteriosos, los abominables filtros que emplean en sus execrables ceremonias litúrgicas.

Tenemos á la vista autógrafos y cartas litográficas de la China, que refieren horrores de varias de aquellas persecuciones: recuérdese cómo en Kian-si y en la Mongolia, confiada á los misioneros belgas, la persecución obligó no hace mucho á los cristianos á huir á los bosques entre las fieras, menos inhumanas que los hombres; y los que no lo lograron, hasta el número de 2,000, dieron sus vidas en holocausto por Jesucristo y en testimonio de la verdad católica. En el Japón, azotado hace poco por la poderosa mano de Dios con espantosos terremotos, presencian nuestros misioneros las ruínas, y la miseria y el hambre que se sigue á tales catástrofes; y aunque en aquellas comarcas están de nuevo abiertas

barie de los indígenas, por la codicia de los mercaderes, por el odio de razas, sino por el más implacable odio de los enemigos de la fe ortodoxa.

En la Cochinchina puede gloriarse el Catolicismo de haber penetrado hasta en los palacios reales, y de haber formado en la escuela del martirio á los que por su poder y riquezas sólo están versados en la ciencia fatal de la satisfacción de todas las ambiciones y el refinamiento de todos los placeres; pero en cambio, precisamente tan prósperos sucesos alarman á los enemigos de la fe, y atraen la adversidad sobre aquellos cristianos, envueltos en la persecución que arrecia de día en día. Las fertilísimas comarcas de la India Oriental quedan diezmadadas por el cólera y el hambre en repetidas ocasiones; y faltos de recursos los misioneros, y dispersa la grey, no pueden repartir á sus hijos el pan de la vida sobrenatural y eterna. Finalmente, en los países confiados con las colonias europeas, sucede con frecuencia lo que en el Tonquín, la fiebre colonizadora suele ser fiebre mortal para los intereses religiosos. Los abusos y atropellos son naturales en hombres sin fe ni temor de Dios y aun sin sentimientos de humanidad; desatan el rayo de la cólera indígena, y el rayo suele venir á descargar sobre las cabezas inocentes de los misioneros y de las indefensas Religiosas.

Vese, por lo dicho últimamente y por lo antes indicado, que en las Misiones católicas de aquellas lejanas



SUEZ (*Egipto*).—Entrada del canal marítimo. (Pág. 518)

las puertas al Catolicismo, también es verdad que lo están á la herejía protestante y al cisma ruso, lo cual no acaecía en la primera época de su evangelización por los misioneros de la Compañía de Jesús. Algo semejante podemos decir de otras muchas naciones y pueblos á que se dirige hoy día el misionero católico, y los halla de antemano ocupados no sólo como antes por la bar-

tierras, el más formidable obstáculo, los más insuperables impedimentos, los suelen poner los hijos de una misma madre, nuestros hermanos de aquí, que se arrojan sobre aquellos países como sobre codiciada presa, aguijoneados por la ambición, sedientos de riquezas y de placeres.

Ya sabemos, por lo tanto, lo que especialísimamente



hemos de pedir al Corazón de Jesús, para que se logre la estabilidad y aumento de nuestras Misiones del Extremo Oriente: ¡quién lo dijera! la conversión de los europeos, de los cristianos y aun de los católicos que moran entre gentiles.

JULIO ALARCÓN Y MELÉNDEZ, *S. J.*

## LAZARETO DE AGUA DE DIOS EN COLOMBIA

**D**E una larga é interesante correspondencia, escrita en Marzo último por el Sr. D. Luís G. Rivas, reproducimos las líneas que van á continuación.

Empezando su excursión por Copó, residencia patriarcal de la familia Vergara, y mansión del Sr. D. Jorge, quien con un espíritu verdaderamente cristiano, dirige é impulsa todas las fuerzas que mantienen en vigor este Asilo de dolores, siguió el viaje á Juntas de Apulo y á Tocaima.

«Tomadas aquí las caballerías, dice el Sr. Rivas, dos horas más tarde divisábamos el blanco campanario que airoso levanta la cruz consoladora, único emblema, única faz que se alza sin abatirse en el Lazareto de Agua de Dios.

«Nos apeamos tras un año de ausencia en los umbrales de la casa del P. Unia, misionero salesiano. En vez de la roja arena que rodeaba la modesta casa pajiza, se veía verde grama imperial que refresca al calcinado viajero: al triste ramaje del gnarumo ha sucedido el erguido habano ó la caprichosa bellísima que con su vistoso ramaje forma cortinas al penetrar en las habitaciones. El P. Unia nos recibió con los brazos abiertos.

«—Apretad sin recelo, nos dijo, me he puesto la sotana nueva de dril para recibirlos.

«Acabábamos de sentarnos, cuando se nos presentó un niño que nos entregó, á nombre del Sr. Enrique Aguilera, el más diligente y servicial administrador que ha tenido el Lazareto, una atenta carta de bienvenida.

«A las seis de la tarde se sirvió la comida: presidía la mesa el P. Unia, á su derecha el Sr. Vergara, á su izquierda yo, y al otro extremo el Rdo. P. Rafael, salesiano también, sacerdote modelo en silencio y en indulgencia. Rodó naturalmente la conversación sobre los escasísimos recursos con que contaban para aliviar sus necesidades la población y sus moradores.

«Largo rato permanecemos cabizbajos, después de la comida, midiendo la unción divina que necesita un hombre para abandonar el mundo, la sociedad, la familia, los más caros afectos, las más gratas ilusiones y los goces más delicados, para consagrarse en absoluto y de por vida al servicio de enfermos demacrados, cuyas facciones están surcadas por las úlceras, y cuyo corazón está despedazado por el dolor y las decepciones. La bondad divina de la Religión del Calvario no puede comprobarse á los ojos profanos sino con ejemplos de personas como el P. Unia, que miden en su talla tal altura moral.

«Después de las once nos retiramos á nuestras habitaciones; fatigado me recosté en una hamaca, sin poder conciliar el sueño. Tras largas horas de meditación

y de angustias, percibí algo como la marcha fatigosa de una caravana en el desierto; respiraciones entrecortadas y anhelosas; pisadas como de cabalgaduras sofrenadas; carreras de niños y descargas de objetos voluminosos y pesados: al mismo tiempo una atmósfera cargada de miasmas llenó la habitación, y pocos momentos después se oían las acordes notas de una ruidosa serenata, con que los enfermos de Agua de Dios festejaban agradecidos mi llegada: se unían á la voz dulcísima de la interesante Carmelita Silva, ciega y paralítica, las vibrantes notas de la garganta privilegiada de Alejo García, hasta la cual no ha llegado la acción destructora del contagio: las guitarras, las bandolas y los violines eran rasgados por dos ulcerados; las últimas teclas del armonio no las alcanzaban los encogidos miembros. En el fondo y en conjunto de esta serenata había una armonía indescriptible que sólo el exceso del dolor puede producir. Por entre las rejas de la ventana distinguíamos el cuadro pavoroso que llamas rojizas realzaban en vistoso tropel. La danza macábrica soñada por Saint-Saenz apenas igualaría á la fiesta nocturna de los lazarenos. Sensación profunda nos produjo esta demostración, especialmente cuando varios niños unieron sus voces al coro de los desgraciados. No pudiendo corresponder personalmente á muestra tan obligante de cariño, recogí presuroso el neceser de viaje que llevaba mis iniciales y lo envié al Sr. Alejo García, quien dirigía la serenata, con una tarjeta, diciéndole: que en la mejor jornada de mi vida debía destinar esa carterá al cantor de Agua de Dios.

«Lució espléndida la mañana del 19; en compañía del P. Unia y del Sr. Jorge Vergara llegué al oratorio del Asilo; en la puerta principal flotaba la bandera colombiana; en las columnas laterales, gallardetes en que se mezclaban los colores de los pabellones italiano, francés y mejicano: ligero tributo de agradecimiento á la caridad del P. Unia y de las Hermanas.

«Niveas y transparentes cortinas tapizaban todos los muros del oratorio, salpicadas por macetas de bellísimas y de jazmines del Cabo, que con su aroma tropical perfumaban el recinto sagrado. El P. Unia, revestido con nuevo y morado ornamento, oficiaba. Las cuatro Hermanas de la Caridad dejaban por primera vez sus enfermos y se arrodillaban en la puerta del oratorio: en la primera pieza de la izquierda estaban colocados treinta niños con mejillas aperladas, con labios risueños, los cuales ensayaban, por primera vez, el aislamiento, y carecían ya de los cariños y cuidados de sus padres. En silencio se celebró el Santo Sacrificio, pero al recibir la Comunión las Hermanas de la Caridad y el Sr. Jorge Vergara, llenaron el espacio las notas angelicales de un himno que acompañaba el armonio, y que sólo interrumpían los sollozos lejanos de las madres de los asilados, colocadas en el corredor exterior.

«En mi humilde concepto el P. Unia es nuestro Padre Damián.

«Volvamos al Asilo. Situado á cinco cuerdas de la plaza de la población; en lugar apropiado para aprovechar el agua del acueducto; separado del camino y de la calle que lo circunda por un estrecho jardín, unido



por angosto pasadizo á la casa pequeña destinada al servicio de las Hermanas de la Caridad, y en la cual luce hoy como esmaltada joya el modesto oratorio.

«El Asilo no está todavía concluido. Cuando esté terminado podrá contener cien niños.

«Fuí invitado á las doce de ese día por las Hermanas de la Caridad, para visitar el Hospital en compañía del P. Unia y del Sr. Vergara. Las Hermanas nos recibieron por turno, pues en la misma forma debían atender el premioso servicio del establecimiento.

«Cuatro señoras, con toda la delicadeza de una educación esmerada, con todos los encantos que dan la virtud y la belleza, hacen el servicio sin ayudantes, sin pajes, sin sirvientas. Es decir: guisan, lavan, planchan y muchas veces acarrear los víveres para ochenta personas. Por la noche, terminadas las rudas faenas del servicio económico interior, lavan á los leprosos, los limpian de gusanos, vendan las úlceras, colocan para el reposo los miembros adoloridos, y una oración repetida por bocas ulceradas lleva el único consuelo posible al corazón de tantos desgraciados. A esas cuatro Hermanas debe el pueblo colombiano entero pagarles, con agradecimiento inextinguible, las lágrimas que enjugan y los dolores que disipan.

«Con solícito interés preguntamos el Sr. Vergara y yo á las Hermanas, qué necesitaban, en qué podíamos servirles.

«—En nada, nos dijeron, estamos contentas y esperamos ensanchar nuestros servicios el día en que el Padre Unia realice la obra redentora, ya emprendida, de construir dos nuevos tramos y una capilla en el antiguo hospital. Este edificio será llamado, con el tiempo, el del óbolo nacional.

«Creemos, con entera conciencia, que entre los problemas fiscales más difíciles y graves que tiene que resolver la actual Administración ejecutiva, se cuenta como el primero, por humanidad, por necesidad imprescindible, el del sostenimiento y organización de los lazaretos. El terrible azote lastima hoy á todas las clases sociales, á todos los gremios alcanza el desastre. No sabemos si los azúcares de Santander, los frutos y harinas del Valle de Tenza, los variados víveres del inmediato valle de Río-negro, el tabaco de las hoyas de Magdalena, traen á la boca el peligroso contagio. Desde hace largo tiempo hemos estado recogiendo y solicitando datos, y podemos asegurar hoy, con honrada franqueza, que los lazarinos existentes en la República de Colombia pasan de 22,500. Abrumadora estadística: el cruelísimo mal, la peor de las desgracias humanas conocidas, aflige hoy á tantos ciudadanos que podían ser útiles á su patria, y que, en vez de serlo á la industria, gangrenan en silencio todos los hilos de la tela social.

«Se ha cubierto con dádivas, relativamente insignificantes ante la magnitud de la necesidad, la llaga social, cuya superficie puede velarse, pero que corroe ocultamente las entrañas de la nación. El mal crece con la sorprendente rapidez con que se multiplican los cálculos geométricos, añadiendo cifras á las cifras.»

## LA PRIMERA MISA DE RITO MARONITA

CELEBRADA EN EL SANTUARIO DE LUJÁN

**L**EEAMOS en el núm. de 1.º de Octubre próximo pasado de *La Perla del Plata*, revista semanal que se publica en Luján (Buenos Aires):

«El 22 del último mes visitó este Santuario el apreciable sacerdote maronita Sr. Miguel Bitar, el primero que haya pisado nuestras playas. Debido á esta circunstancia, tuvimos la satisfacción de presenciar en el camarín las interesantes ceremonias de una Misa de ese rito, que celebró allí, revestido del ornamento celestial privilegio de este Santuario, el referido sacerdote.

«Entre las diferencias de la Misa maronita con la nuestra, son especialmente notables la de la Elevación, que en aquélla se hace unos momentos después de la Consagración, y la de la Comunión que hace el celebrante primero con una parte de las Sagradas Especies, bendiciendo luego á la asistencia con la otra, y terminando con la consunción de esta misma. Estas diferencias son tan sólo de rito, como en la Misa de los reverendos Padres Predicadores, y por consiguiente en nada amenguan el catolicismo de los maronitas.

«Los *maronitas*, ó «católicos del Líbano», como se les llama en Europa, son cristianos del rito *siriaco* sometidos á la Iglesia Romana; habitan principalmente el monte Líbano y las montañas de la Siria. Su nombre sirve para distinguirlos de los sirios *jacobitas*, que son cismáticos. No están de acordes las opiniones respecto á su origen. Ellos por su parte creen que su cristianismo data de los tiempos apostólicos; que han tomado su nombre del célebre anacoreta San Marón, que vivía á fines del siglo IV. En esta época se suscitó una cuestión religiosa que dividió las opiniones, llamándose *maronitas* los que siguieron á San Marón, que se conservó hijo sumiso de la Iglesia Romana, y *jacobitas* los demás.

«No usan el latín para la liturgia, sino el siríaco, pero leen la Epístola y el Evangelio en lengua árabe, por ser el idioma vulgar de sus comarcas. Pretenden los maronitas, como un título de orgullo, que el siríaco es el idioma en que Jesucristo pronunció las palabras de la Consagración en la última Cena, y que en la misma lengua pronunció las últimas palabras estando pendiente en la cruz, y que los soldados romanos no entendieron. Respecto al celibato eclesiástico, los maronitas que se ordenan después de casados pueden seguir viviendo con sus esposas, siéndoles prohibido contraer matrimonio después de haber recibido el sacerdocio.

«El Sr. Bitar se halla en el país desde hace algunos meses. Vino de Berito para acceder á los declarados deseos del anciano Patriarca de Antioquía, que no quería dejar abandonados á los *dos mil* maronitas diseminados en esta República, y de los cuales moran *doscientos* en la capital. Ha viajado por varias de nuestras provincias, recogiendo mucho fruto espiritual en su apostolado entre los suyos, los cuales acudían al lugar



designado de antemano para confesar, comulgar y oír la palabra divina en lengua árabe, que, como hemos dicho, es la lengua vulgar de estos cristianos. Su Santidad León XIII acaba de honrarlo con el merecido título de misionero apostólico.

«Antes de regresar de su peregrinación á este Santuario, ha dejado consignadas sus impresiones en el *Libro de la Virgen*, en lengua y caracteres siríacos. Según la traducción que él mismo se dignó dictarnos, su tenor es el siguiente:

«Yo, Miguel Bitar, misionero apostólico y capellán de los maronitas de la República Argentina, he tenido la dicha de haber visitado á la Santísima Virgen de Luján y celebrado la Santa Misa en su camarín, según el rito siríaco maronita, por la primera vez que esto

como todos mis compatriotas maronitas, estoy seguro que con la poderosa ayuda de Nuestra Señora tendré suficientes fuerzas y gracias para que Dios bendiga mis trabajos apostólicos.»

## CRÓNICA

**Roma.**—En el mes de Septiembre último fué recibido por el Padre Santo el Rdo. P. Bontemps, misionero del Sagrado Corazón en las islas Gilbert de los confines de Australia, junto con dos jóvenes indígenas que le acompañaban y que fueron convertidos por dicho misionero. Ambos jóvenes iban vestidos de blanco, á la europea, y al salir de la audiencia no podían contener su satisfacción y entusiasmo por haber visto al *Gran Padre*, haber sido tra-



PUERTO SAID (Egipto).—Iglesia de reverendos Padres Franciscanos, y paseo de Lesseps. (Pág. 519)

haya sucedido en este Santuario. Esta Santa Misa, que dije con todo el fervor de mi alma, me ha recordado las que acostumbraba decir en los Santos Lugares, donde se verificaron los sublimes misterios de nuestra Redención, donde Nuestro Señor vivió en carne mortal, y en el mismo recinto donde El ofreció el primer sacrificio de la Misa. He quedado sumamente agradecido á los reverendos Padres Custodios de este Santuario, y me ha causado agradable sorpresa la inmensa Basilica que se está construyendo. Es indudable que este Santuario, lo mismo que esa obra colosal, llaman la atención de todo ferviente católico. Habiendo puesto bajo la protección de Nuestra Señora de Luján la misión que vengo á cumplir en esta República, así

tados por El con frases de profundo cariño y haberles regalado una medalla de plata á cada uno.

La evangelización, verdaderamente providencial, de las islas Gilbert merece relatarse.

El P. Bontemps, era el primero que pisaba aquel archipiélago, y, sin embargo, cuál no sería su asombro cuando al desembarcar en una de las islas vióse rodeado y aclamado por sus habitantes como si se tratase de un antiguo y querido amigo; pero su asombro subió de punto al ver entre las miserables viviendas de los indígenas siete pequeñas iglesias con todos los emblemas de nuestra Santa Religión. La explicación de aquel enigma era el siguiente:

Hacia muchos años que siete de aquellos habitantes habían sido transportados á Taití, donde los misioneros católicos les instruyeron en los principios del Catolicismo, que abrazaron en seguida, y antes de regresar á su país natal, uno de los Religiosos



les regaló un Catecismo, escrito en su propio idioma, que ellos guardaron como preciosa reliquia, convirtiéndose al llegar á su patria en apóstoles de sus hermanos, entre los que hicieron gran número de prosélitos, los cuales les ayudaron á cada uno á construir una de las siete iglesias que tanto habían llamado la atención del misionero, y de las cuales fueron en adelante (permítase la frase) los párrocos laicos. En ellas reunían á sus hermanos conversos, y vueltos hacia las islas Taiti seguían en espíritu el santo sacrificio de la Misa, y bautizando á los recién nacidos y orando junto al lecho de los moribundos llenaban como podían su santa misión, tan meritoria á los ojos de Dios que les recompensó enviándoles aquel misionero, cuya venida esperaban hacia muchos años, y que no tardó en convertir al resto de los habitantes que aún no habían abrazado la fe de Cristo.

¿No es todo esto verdaderamente maravilloso?

Á propósito de esto, cuenta *Le Pelérin* la siguiente anécdota:

«Aquel Catecismo regalado por el misionero de Taiti á los siete indígenas de las islas Gilbert, fué colocado por éstos en un tabernáculo, pues lo consideraban como un precioso tesoro; y habiéndose apercebido de ello un judío que desembarcó en aquellas islas para comprar perlas y corales, lo robó aprovechándose de un descuido, é hizo imprimir en el punto á donde se dirigió varios cientos de ejemplares, y presentándose de nuevo ante los indígenas, que no se consolaban de la pérdida de su Catecismo, que era para ellos como las Tablas de la Ley para los hebreos, les dijo:

«—Vosotros teníais un solo ejemplar del Catecismo, que habéis perdido: ahora bien; yo os traigo aquí tantos ejemplares del mismo, que cada uno podrá tener el suyo; pero con la condición de que, en cambio, me déis perlas y corales.»

La propuesta fué aceptada con gran regocijo por los indígenas y no menor alegría del judío, que hizo así un buen negocio.

—El hermano y el hijo del Rey de Siam han sido recibidos por el Papa en audiencia privada.

El Papa ha conversado en francés con el hijo del Rey de Siam. Mons. Merry del Val servía de intérprete al hermano del Rey, que no habla más que inglés.

La audiencia pontificia ha durado veinte minutos.

—La *Sociedad Católica Instructiva* de Roma, encargada de fomentar las Misiones de Assam, en la India, ha inaugurado una escuela de niños en Malki y un asilo de huérfanos en Schillong.

**Portugal.**—En la Cámara portuguesa ha pronunciado el ilustre diputado Sr. Dantas Baracho un elocuente discurso, en el que, refiriéndose á los negocios africanos, ha defendido con verdadero ardor la causa de las Misiones católicas, declarando que el Gobierno debe procurar su apoyo á los misioneros; y que así como Inglaterra, Alemania, Francia y todas las naciones protegen á sus misioneros en sus colonias respectivas, en Portugal se persigue á estas Ordenes religiosas que tan necesarias son, pues bien á la vista están los resultados tan satisfactorios que reportan en las colonias, puesto que civilizan, instruyen y educan para la Religión y para la patria á los indígenas salvajes é incultos; y por último, terminó el diputado diciendo que es una vergüenza que en Portugal no tenga el número suficiente de Misiones que requiere la importancia de las colonias portuguesas.

El distinguido orador fué felicitado por los católicos portugueses, y su discurso fué objeto de favorables comentarios.

**Inglaterra.**—Se ha reunido en Portsmouth un Congreso Católico inglés, el décimosexto convocado por la *Church Society*. Han asistido á las sesiones más de 2,000 personas. El Cardenal Vaughan trató del problema social con el interés y competencia que tantas veces ha demostrado, y el Obispo de Portsmouth leyó un telegrama que contenía la bendición del Romano Pontífice. Hace cien años que un sacerdote francés, desterrado por la Revolución, fundó en Portsmouth una Misión católica.

El capitán Fitzgerald leyó un discurso titulado *Marinos y católicos*. Describió un club de Londres, al que están afiliados 8,000 marinos católicos de 80,000 total de sus individuos.

—Escribe un corresponsal de Inglaterra:

«Uno de los rasgos característicos del actual movimiento religioso está en el empeño que tienen los ministros anglicanos en

imitar á los sacerdotes católicos hasta en los más pequeños detalles. Después de adoptar el mismo traje, han enriquecido su Ritual con muchas ceremonias tomadas de la Iglesia romana. El domingo pasado fui sorprendido al pasar por delante de la iglesia protestante de Sainte-Mildred, y ver anunciado: *Misa solemne, música de Weber*. Entré y vi que, en efecto, había tres en el altar, uno con casulla y dos con dalmática; el celebrante cantaba el prefacio en inglés con el tono solemne de nuestro Misal. Con motivo de esto dice *El Globo*, periódico inglés, que todas estas imitaciones de los ministros anglicanos no les transformarán en sacerdotes católicos, porque sólo se aplican á tomar lo accesorio, dejando lo principal, que es lo que les falta.»

**Bulgaria.**—Ahora, en que este reino es objeto de tantas preocupaciones en Europa, no estará de más recordar que á treinta y seis kilómetros de Philippopoli, en la aldea de Kataglia, vive todavía en pobrísimos convento el apóstol moderno de los búlgaros. Mons. Francisco Domingo Raynaudí, arzobispo de Stauro-poli. Bajo el toscó sayal del capuchino alentaba en el P. Francisco Raynaudí un alma grande, un corazón generoso lleno de caridad hacia sus semejantes. Sus trabajos apostólicos son inenarrables; imposible de reducir á guarismo el número de almas que ha conquistado para la Iglesia y la civilización.

Los beneficios que ha prodigado al pueblo búlgaro durante más de cincuenta años de apostólicas tareas, son tantos y de tal entidad, que el nombre del P. Francisco es popular en Bulgaria; el número de personas que de todas partes del reino acuden á visitar al insigne capuchino es á veces tan considerable, que estas visitas adquieren carácter de verdaderas peregrinaciones nacionales, viéndose en apuros para albergar y mantener á tanta gente los humildes habitantes del convento, asilo de la gloriosa ancianidad de aquel varón apostólico.

**Su-tchuen Occidental (China).**—En la pág. 505 publicamos el retrato del malogrado Ilmo. Juan Pinchón, obispo de Polemonio y vicario apostólico del Su-tchuen Septentrio-Occidental, de quien transcribimos á continuación una carta, la última tal vez que escribió, dirigida á un venerable sacerdote:

«En China, como puede V. ver por los periódicos, no nos faltan aflicciones. Un hambre horrible se ensañó en mi Misión durante el año 1891. Multitud de paganos nos entregaban sus hijas, de suerte que en la actualidad tenemos que mantener seiscientos huérfanos de uno y otro sexo. Calcule V. cuántas escudillas de arroz necesito todos los días para alimentar á tantos niños. Sin embargo, la caridad no permitía que nos negásemos á recibirlos, pues sabíamos que en este caso la mayor parte serían arrojados al río. Ahora abrigamos la dulce esperanza de que creciendo á la sombra de la Misión, nos amarán y podrán santificarse.

«Este año nuestros farmacéuticos y catequistas han podido administrar el santo Bautismo *in articulo mortis* á 37,079 niños. ¡Qué hermosa cosecha! Las nueve décimas partes de estos tiernos arrebatadores del paraíso reinan ya en el cielo y ruegan por sus bienhechores. No se sorprenderá V. de lo elevado de la anterior cifra, cuando sepa que, según el último censo, el imperio chino cuenta 400.070,000 almas. La población de mi vicariato es superior á la de toda Francia. La ciudad de Tchen-Tu, capital de la provincia del Su-tchuen, encierra 1.000,000 de habitantes. Ruegue V. por la conversión de tantas almas. ¡Oh! si Dios nos concediese la conversión completa de este vasto Imperio, ¡qué bella adquisición para la Iglesia!»

A los pocos días de esta conmovedora carta, el venerable Obispo de Polemonio fué á recibir en el cielo la recompensa de sus cuarenta y cinco años de apostolado.

**Africa.**—Lo que hacen los protestantes. El corresponsal del *Berliner Tageblatt* traza el siguiente paralelo entre misioneros católicos y protestantes.

Los «ministros protestantes viven con tanto lujo, que pueden vender á los nativos lo que les sobra en vestidos y comestibles.» —«Su actividad política (!!!) ha hecho un gran mal al país.» —«Lo único que han enseñado á los bagandas de Africa es rezar y cantar salmos; poco, muy poco les han enseñado á leer y escribir.»



—«No se han tomado la molestia de transformar terrenos incultos en huertas para frutos ó vegetales; no han plantado árboles; no han instruido á los nativos en ningún oficio.» —«Los únicos resultados visibles de sus trabajos (*apostólicos*) son una vasta iglesia y residencia, edificadas por los esclavos de los cabecillas protestantes.»

«Desde su establecimiento en Buddu en 1891, los misioneros católicos han trocado el desierto en jardín floreciente, bien que sean inferiores en número á los misioneros protestantes, cuenten con recursos escasos, y no disfruten de ninguna comodidad.» —«Han edificado una iglesia, escuelas y casas; han desbrozado grandes trochos de terreno para huerta; han plantado arroz, patatas y maíz, trabajando desde que se levanta el sol hasta su puesta.» —«Ni se les ha olvidado el cuidado de los enfermos.»

El paralelo es instructivo.

—Acaba de terminarse la construcción en Beira, colonia portuguesa de Africa, de la primera iglesia católica erigida en aquel país, siendo de notar la circunstancia de haber sido construida por los soldados de aquella guarnición, bajo la dirección de su jefe D. Jacobo Cruz Gómez, en medio del campamento.

**Estados Unidos** —El Congreso de Chicago ha votado la conclusión siguiente acerca de la condición del Papa; «Protestamos de nuestra leal é inalterable adhesión al Santísimo Padre el Papa León XIII; le damos las gracias por habernos enviado un representante especial, á quien saludamos con entusiasmo, juzgando su venida como relevante prueba de amor al pueblo norteamericano y de su paternal solicitud en pro de nuestras instituciones. Estima este Congreso que el Vicario de Jesucristo debe gozar de completa independencia y absoluta autonomía en el desempeño de la sublime misión que el mismo Dios le ha confiado, haciéndole Jefe de la Iglesia para bien de la Religión y de la humanidad.»

—Transcribimos de la *Republic* de Boston:

«Las iglesias protestantes están generalmente cerradas para el pueblo. Esto no quiere decir que se le prohíbe entrar en ellas; pero el mismo instinto le hace sentir que no se le recibe allí con cordialidad... ¿Por qué no se abren las puertas de dichos edificios durante el verano? Porque los ricos salen de las ciudades. Pero ¿por qué no fijarse en el pobre pueblo que debe trabajar y sudar en esos mismos centros sofocantes? ¿No necesita él consuelo, instrucción y auxilios espirituales?»

«Sólo la Iglesia católica es entre todas las demás la Iglesia del pueblo. En el recinto de sus templos los ricos y los pobres gozan de la más perfecta igualdad. Se predica á todos el mismo Evangelio; se administran á todos los mismos Sacramentos; se los carga á todos con la misma responsabilidad. La iglesia católica está siempre abierta al pueblo. Para ella no hay vacaciones, porque es de todos los días la necesidad de una dirección espiritual, y porque las potestades de las tinieblas están eternamente conspirando contra las almas. La misión confiada á los Apóstoles de enseñar á todas las naciones, y de predicar el Evangelio á todas las gentes y en todo tiempo, tiene su perfecto cumplimiento en la Iglesia única verdadera, que es la depositaria de la verdad. Y ¿ha de causar asombro el que dicha Iglesia haya sobrevivido á todos los embates del tiempo? ¿A quién extrañará que se muestre ahora más vigorosa que nunca, y que hombres inteligentes y concienzudos se cobijen numerosos bajo su manto?»

—Hace poco fué celebrado en Nueva Orleans el centenario de la creación de aquella diócesis, asistiendo á la grandiosa procesión que con tal motivo tuvo lugar 50 Arzobispos y Obispos, más de 400 sacerdotes y unas 75,000 personas.

Ofició en la Misa de pontifical Mons. Janssens, pronunciando un notabilísimo sermón Mons. Regaz, rector de la Universidad católica de Wáshington y uno de los oradores sagrados más elocuentes de los Estados Unidos. Por la tarde celebróse una imponente reunión, en la cual pronunció un elocuentísimo discurso el cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, recordando el origen y desenvolvimiento de la Iglesia católica americana, y terminando con palabras de acatamiento á la suprema autoridad del inmortal León XIII.

**Noticias varias.** —Han concluido las negociaciones sobre el arzobispado de Cartago. El Gobierno francés le dará dotación decorosa, y el Papa nombrará el Prelado de acuerdo con el poder civil.

—En Egipto hay un periódico escrito en árabe, y católico decidido, el *Ad-Bachir*, y otro en griego, el *Anatole*. El director del segundo, Colavasi, manda imprimir los números en la isla de Syra, que, ya célebre en la historia mercantil y política de Grecia desde el tiempo de la independencia, adquirirá probablemente gran renombre en el concepto religioso.

—La Congregación de «La Palabra Divina», fundada en Alemania durante el *Kulturkampf*, y obligada á establecerse en Holanda por la voluntad soberana del príncipe de Bismarck, cuenta ahora con 260 miembros, de los que 24, ya sacerdotes, han sido enviados á la provincia de Chan-tong, China, cuyo Obispo fué elevado, hace pocos meses, á la dignidad de mandarin de tercera clase por el mismo Emperador. Otros 7 de esos sacerdotes han salido para la República Argentina para encargarse de los colonos alemanes; y otros han fundado dos centros de Misión en la Costa de los Esclavos, Africa.

—Los Padres misioneros españoles de Ke-Sat (Tonkín) han mandado llevar de Francia una catedral de hierro, desarmada, y que en muy pocas semanas se levantó en el sitio designado.

Las piezas, que formaban 834 bultos, fueron conducidas hasta el Tonkín por el vapor *Cosmopolit*.

El edificio, de estilo ojival, tiene 55 metros de largo por 50 de ancho y 45 de altura.

Remata en dos cruces de hierro, que pesan 200 kilos, y está provisto de su respectivo pararrayos.

El peso total de la construcción alcanza 76,000 kilos.

—El Obispo de Panópolis ha presidido en Molokaí (islas Sandwich) la ceremonia de la inauguración de un monumento dedicado á la memoria del insigne P. Damián, apóstol de los leprosos. Asistieron también el obispo de Honolulu y dos ministros de la corona.

## VARIEDADES

### EL RIFF

El Riff, Rif, ó también Er-Riff, es una cordillera de montañas, ancha hasta 100 kilómetros, que, en una extensión de 300, borda las costas septentrionales del imperio de Marruecos, desde Tetuán á la Argelia.

Muralla inmensa, llena de guájaras y grandes barranqueras por donde vierten en el Mediterráneo las aguas de sus nevadas crestas de 1,400, 1,800 y hasta 2,000 metros de altura, descendiendo con el mismo carácter agreste hasta el mar, terminándose por costas acantiladas, peligrosas é inhospitalarias, ó en cabos roqueños de formas fantásticas como el de *Tres Forcas*, al abrigo de los cuales se abren las únicas radas que en esta región existen, todas poco seguras. Como centinelas avanzados de estos gigantes, deben considerarse las islas Chafarinas y los islotes Peñón de Vélez y de Alhucemas.

Aunque perteneciente el Riff al imperio de Marruecos, la dominación que el Sultán ejerce sobre este territorio es puramente nominal. Poblado por tribus bárbaras, feroces é insubordinadas, amantes de la independencia y siempre en guerra entre sí, las tropas del Sultán no osan jamás penetrar en el interior á cobrar el impuesto.

Su sumisión es más bien religiosa que civil; y aun la religiosa se halla intervenida por el famoso Cheriff de Uezzán. La civil es sumisión de circunstancias. La



reconocen únicamente en los apuros, pasados los cuales la rechazan de nuevo, volviendo á su fiera independencia y á su salvaje aislamiento. En nuestros presidios nadie se atreve á pasar del alcance del fusil de los centinelas. En medio del afán moderno de acabar con la *terra incognita*, ningún europeo ha osado explorar el país; los mismos marroquíes que la atraviesan tienen que ponerse bajo la protección de los distintos jefes de las kabilas. La célebre Miss Keane, esposa del Cheriff de Uezzán (después divorciada), fué la sola europea que ha recorrido el Riff; y aun á ésta se la prohibió tomar notas en la ruta.

Ninguna ciudad importante se conoce en la montaña: cabañas de pastores, aduare y poblados de poco vecindario, son la única población que la cultiva.

El clima es suave en general, pero extremado en las mesetas de la sierra. Sus producciones, como en todo país montañoso, son las más áridas, dándose la mano los ricos productos del Mediodía con la flora de la montaña. Los árboles maderables, las plantas medicinales y tintóreas, alternan con el acebuche, el nogal, la vid, el limonero y la higuera. Se cree que el Riff encierra en su seno grandes riquezas metalúrgicas.

El animal más común es la cabra, cuyo número hacen subir algunos á una cantidad fabulosa; y la bestia de carga más usada por los rifeños, la mula; lo cual acusa la cría del caballo y del asno: pocos bueyes.

Entre los animales salvajes de esta región se cuentan el jabalí, el chacal, la liebre y la perdiz. Los grandes felinos se encuentran raras veces.

#### EL MORO DEL RIFF

Es el personaje del día. Su nombre está en todos los labios, su figura se presenta á todas las imaginaciones.

Para la gran masa popular, el marroquí es el moro clásico que en los retablos de las viejas iglesias aparece pisoteado por el blanco caballo de Santiago: el mismo que parodia el huertano de Alicante en las famosas fiestas de Elche.

Para la gente soñadora, el moro es el descendiente de los Abencerrajes, de los Zaides y los Taifes de nuestro *Romancero*, que escaramuzan en el campo

«como entre las damas hablan.»

ó el perezoso oriental que entona sentidas kásidas á la sombra de las gentiles palmeras de sus huertos, que cruza soñoliento sobre el lomo de su dromedario los líbicos arenales, ó que oye maravillosas historias de labios del anciano jeque, bajo los pliegues de la movable tienda plantada en el lindero del desierto.

Los pobladores del Riff distan bastante de los moros ideales y novelescos. El marroquí, contra quienes combaten las tropas españolas, no tiene nada de poético.

Su vida es, sobre poco más ó menos, la del salvaje. En grosera choza, formada de adobe y cañizo, vive en sórdida promiscuidad con las bestias. Ni el calor del sol le fatiga, ni el viento le daña. La caza y el combate son sus placeres; su fusil y su caballo lo que más ama.

Calzones y camisa de lienzo y un ropón con capucha, ambos de color de la tierra, forman todo su vestido. Con pies desnudos trepa por las peladas rocas con la mis-

ma agilidad que las fieras del monte. Para su alimento le bastan unos cuantos higos de sus chumberas ó un poco de pan de cebada empapado en aceite. Tenaces hasta la impasibilidad, soportan todo género de sufrimientos.

Aumenta en ellos esta fuerza de resistencia al dolor, su ciego y absoluto fanatismo. El *está escrito* es la norma de su vida: lo que ha de suceder, sucede.

El rifeño es, además, dentro de su religión, el tipo perfecto del fanático. Su alma es una fortaleza ocupada por completo por el Islamismo. Las promesas del Corán constituyen su esperanza; un paraíso de delicias para el creyente; árboles que depositan sus frutos en la boca del bienaventurado; auras tibias que producen músicas deliciosas al agitar las hojas de las plantas perfumadas del Edén; huries inmarcitas, siempre vírgenes, que prodigan las caricias sin causar jamás hastío, tal es el lugar de delicias á donde van las almas de los que perecen peleando con los *perros cristianos*.

Ante estas esperanzas se borra el temor á la muerte. De aquí su arrojo en los combates y su ciega obstinación en la pelea. Ni les aterra la inferioridad de sus armas, ni el número de sus enemigos. La victoria es un gran bien, pero es un bien mayor la muerte en la pelea. «Las heridas del guerrero exhalan un olor, dice el Corán, más suave que el del azahar y el nardo.»

Su odio al *cristiano* ni se entibia ni se debilita. El cristiano es su enemigo natural, el creyente debe maldecirle, matarle y despedazarle sin piedad. Los vagos recuerdos, transmitidos de padres á hijos, de la histórica dominación mahometana en España, y las reminiscencias de la honda pena sentida por los vencidos de Granada, no se han extinguido en ellos. Al combatir con España, no sólo combaten contra cristianos, luchan también con sus vencedores á quienes los musulmanes, envueltos en sus harapietas chilabas, pero futuros habitantes de un paraíso cerrado á los cristianos, miran con rencoroso desprecio.

Tal es, á grandes rasgos, la figura del marroquí, cuya torva catadura atrae las miradas de España entera, y que se entusiasma cada vez más predicando su *guerra santa*.

#### RECUERDOS DEL CARDENAL LAVIGERIE

Hace poco más de un año que en Cambo, rincón de los Pirineos donde voy á veces, acompañado de algunos amigos verdaderos, en busca de calma y olvido, tuve la honra de ver al gran Cardenal cuyas cenizas duermen hoy en el suelo africano. ¡Elevada y severa figura la del Prelado que sirvió á un tiempo á la humanidad y á Francia! Ya entonces sufría mucho, y habiendo venido á París para consultar con los médicos, se detenía por última vez en el país vasco antes de ir á encontrar la muerte, que bien sabía le esperaba, en el suelo de Africa.

Me habían dicho:

—El Cardenal no recibe á nadie. Descansa en la casa que ha alquilado por un mes, y va rara vez á Bayona ó los alrededores en coche. Pero huye del mundo; ha pedido á nuestras montañas un poco de aire libre y soledad. No le verá V.



A pesar de esto, yo quería saludar á este predicador de nueva cruzada, al orador que tan profundamente logró emocionarme con sus discursos en honor de los muertos de Argel, de nuestros valientes soldados que descansan en el campo de la conquista.

Acerqueme, pues, á la casa blanca, abrasada por un sol de Agosto, é hizo anunciar mi nombre al Prelado.

Más de una hora pasé en la silenciosa casa de Cambo, entretenido en plácida y deliciosa conversación. El Prelado pasaba desde las cuestiones de socialismo y política á las pequeñas molestias de una vida como la suya, abrumada por *reporters* en este París, á donde venía para consultar con los médicos.

—Yo creo, me decía sonriendo, que lo que me hace amar el desierto es que en él no hay *interviens*.

Y su pensamiento, sus recuerdos, se dejaban ir rápidamente hacia Africa, donde le esperaban sus Padres Blancos.

—¿Piensa V. volver?

—Dentro de tres semanas. Soy el jefe. Debo dar ejemplo, y V. lo sabe muy bien, los envío, y por tanto he de seguirlos.

—Los árabes son muy sagaces, continuó. Cuando paso delante de algún mendigo, sabe perfectamente cómo ha de pedirme limosna, y me dice: *Una caridad por el amor de San Luis, señor Cardenal*. El Rey de los cruzados es popular en sus imaginaciones africanas. Otro santo, San Agustín, obispo de Hipona, se ha idealizado para ellos en una especie de personaje legendario árabe, al cual llaman Sidi Busáis. La capilla de San Agustín es para nosotros una iglesia cristiana, para ellos es la mezquita de Sidi Busáis.

¡El señor Cardenal! este título que le daban los árabes era tan popular en Orán, Túnez y Keruán como en Francia. Los morabitos argelinos veneraban al sacerdote francés. Un día que el Cardenal visitaba en Jerusalén la mezquita de Omar, el gran morabito invitó al Prelado católico, al *rumi*, á entrar en la mezquita sin descalzarse, cosa que sólo él, el sacerdote mahometano, podía hacer.

—Señor Cardenal, dijo el gran morabito, vuestro calzado es tan sagrado como el mío...

Lo que más me sedujo en esta larga é íntima conversación con el hombre eminente á quien escuchábamos, fué la manera como aquel hijo del país vasco hablaba de su querida tierra, mostrándose apasionado de las tradiciones y leyendas de su comarca natal.

Con acalorada elocuencia y erudición no afectada hablaba de su pueblo vasco, tan particular, bravo y batallador, tan original en sus costumbres, en sus tradiciones y en su lengua, cuya valentía algo salvaje describió tan pintorescamente Mr. Taine al contar la antigua leyenda de Pe de Puyane.

—Poco trabajo me costaría creer, nos decía el Cardenal, que el país vasco es un resto, un pedazo de aquella Atlántida de que nos habla Platón, que una noche se hundió en la tierra entreabierta. ¡Los Pirineos! Su nombre es griego; Hércules prolongó una cadena de montañas, amontonando rocas sobre rocas, para elevar una tumba á Ploene, descendiente de Túbal y reina de España. El Rdo. D. Jacinto Verdaguer ha cantado esta aventura en su poema catalán. Esta es la fábula; pero

la realidad nos habla, y se apodera de nosotros. El pirenaico lleva fuego en sus venas como en la raíz de su nombre. Es un pueblo ardiente, aventurero, enamorado de lo desconocido. El vasco ama la lucha y el juego de pelota. Así los quiero: batallar es vivir. También emigra: deja sus Pirineos para buscar fortuna en el Nuevo Mundo; pero después de haber vendido pieles de búfalo ó haberse dedicado á algún oficio, vuelve á su país, donde compra una casa parecida á las que usted puede haber visto en la carretera de Bayona á Cambo. Aquí, estos que vuelven de la República Argentina ó los Estados Unidos, son conocidos con el nombre de americanos vascos. Pero ¡cosa rara! entre mis Padres Blancos no tengo quizás más de cuatro ó cinco procedentes del país vasco. Casi todos mis soldados de fe son bretones ó belgas. Mis compatriotas apenas han respondido á mi llamamiento.

Y añadió sonriendo:

—Nadie es profeta en su tierra.

Se veía que amaba con todo su corazón á este país, del que veíamos, mientras hablábamos, los campos de trigo, los maizales, y, allá á lo lejos, las montañas acariciadas por el viento del mar. Hablaba de él, lo repitió, con emoción profunda y cordial. Volvía, cansado de las fatigas de Africa, á buscar reposo en aquel rincón de los Pirineos, donde algunos domingos iba á decir Misa y hablar con sus paisanos, cuyos nombres, compuestos de sílabas guturales, se leen, armoniosos y rudos, en las piedras grises del cementerio.

Sólo una vez, en el transcurso de la conversación, asaltó un pensamiento triste y melancólico á aquel hombre de frente robusta, aunque ya señalada por la enfermedad; todavía parece que le oigo murmurar:

—¡Pocos, muy pocos tienen la vocación superior: la humanidad!

Pero no fué más que una especie de nube ligera en su luminosa conversación. Fué preciso despedirse del Cardenal. Nos retenía cariñoso y como satisfecho de conversar; pero su coche le esperaba á la puerta para conducirlo á los sitios más elevados, donde el aire es más vivo, desde donde se ve el Adour, y más lejos la inmensidad del mundo.

El Cardenal nos acompañó hasta el umbral de la puerta. Todavía estoy viendo, veré siempre ante aquella casa blanca, bañada por el sol, su silueta roja, su figura esbelta, alta y elegante, acompañándonos con un saludo, con el movimiento más angusto de los gestos humanos; el del padre que bendice á su hijo.

Sí, le estaré viendo siempre. En ese suelo de Africa, donde hizo amar y honrar el nombre de la patria, no concibo sino habiendo muerto de pie, á este gran francés.

Cuando pienso en la deliciosa conversación de la casa blanca de Cambo me acuerdo de una frase que es para nuestro país inolvidable homenaje; la frase pronunciada pocos días ha por un extranjero en la Cámara de Diputados de Viena:

—Un Lavigerie ha hecho más por la humanidad que un Moltke.

J. C.